

5-2016

Cuentos de verano antología de cuentos

Mayra C. Mancera

The University of Texas Rio Grande Valley

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utrgv.edu/etd>



Part of the [Arts and Humanities Commons](#)

Recommended Citation

Mancera, Mayra C., "Cuentos de verano antología de cuentos" (2016). *Theses and Dissertations*. 60.
<https://scholarworks.utrgv.edu/etd/60>

This Thesis is brought to you for free and open access by ScholarWorks @ UTRGV. It has been accepted for inclusion in Theses and Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks @ UTRGV. For more information, please contact justin.white@utrgv.edu, william.flores01@utrgv.edu.

CUENTOS DE VERANO ANTOLOGÍA DE
CUENTOS

A Thesis

by

MAYRA C. MANCERA

Submitted to the Graduate College of
The University of Texas Rio Grande Valley
In partial fulfillment of the requirements of the degree of

MASTER OF ARTS

May 2016

Major Subject: Spanish

CUENTOS DE VERANO ANTOLOGÍA DE
CUENTOS

A Thesis
by
MAYRA C. MANCERA

COMMITTEE MEMBERS

Dra. Elvia Ardalani
Chair of Committee

Dr. Lino García
Committee Member

Dra. Edna Ochoa
Committee Member

May 2016

Copyright 2016 Mayra C. Mancera
All Rights Reserved

ABSTRACT

Mancera, Mayra C., Cuentos de Verano. Antología de Cuentos. Master of Arts (MA), May, 2016, 63 pp., references, 13 titles.

La presente es una colección de seis cuentos de mi autoría compilados para mi Tesis de grado Máster de Literatura y Lingüística con concentración en Escritura Creativa. Los cuentos, escritos con la voz narrativa omnisciente, son clásicos, realistas; de carácter didáctico ya que en ellos se encuentra una enseñanza aleccionadora, moralizante, en la que se destacan los valores universales. Los relatos se desarrollan en pequeñas comunidades: pueblos, comarcas, aldeas, sin especificar un lugar ni fecha determinada donde se realizan las acciones. La temática escudriña la naturaleza humana ante situaciones reales: La búsqueda de una razón de vivir; el dolor de la pérdida del tiempo; la muerte de migrantes juveniles; una madre ante la violencia del hombre, entre otros.

DEDICATION

Con todo mi amor, a mi madre Maestra Gloria Sofía Ramírez Morón; por su incondicional apoyo y sabias palabras que acompañan cada uno de mis días. A mis hijos, Gabriel Eduardo y Rubén Héctor Mancera Quiroga, razones de mi existencia. A mis nietos: Diego Eduardo y Santiago Rafael Mancera Ortíz, que han inundado mi vivir con su alegría, inocencia y amor.

ACKNOWLEDGEMENTS

Agradezco a la Dra. Elvia Ardalani, directora de la presente tesis por su tiempo y su siempre buena disposición. A los miembros de mi Comité: Dra. Edna Ochoa y Dr. Lino García. A todos mis maestros de los cuales tuve el honor de recibir sus enseñanzas: Dr. José María Martínez, Dr. José Esteban Hernández, Dr. Hugo Mejías, Dra. Elvia Ardalani, Dra. Edna Ochoa, Dra. Stephanie Alvarez y Dr. Lino García y especialmente, todo mi agradecimiento a la Profesora Carmela García quien me orientó para ingresar a la universidad y sin sus sabios consejos no hubiese sido posible haber culminado la presente maestría.

TABLE OF CONTENTS

	Page
ABSTRACT.....	iii
DEDICATION.....	iv
ACKNOWLEDGEMENTS.....	v
TABLE OF CONTENTS.....	vi
CHAPTER I. INTRODUCTION.....	1
CHAPTER II. CUENTOS.....	12
El pecado inconfesable	12
Sin alma... sin corazón	20
Los dioses del silencio	25
Se quedaron allá.....	30
Las raras piedras	34
Oye, mujer.....	37
REFERENCES	62
BIOGRAPHICAL SKETCH	63

CHAPTER I

INTRODUCTION

Desde que el mundo es mundo... existe el cuento. En el *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Joan Corominas afirma que el vocablo cuento, proviene de la voz latina “computus, derivado de computare” definiéndolo como “relato” (888). Podríamos afirmar que sus orígenes se remontan desde antes, mucho antes que el hombre –como ente humano– contara el tiempo. En el habla cotidiana encontramos expresiones como “me estás contando puros cuentos”, “me hizo un cuento largo”, refiriéndose a alguien que ha inventado una historia inverosímil. “Cuéntame un cuento” es otra expresión común escuchada en labios de nuestros pequeños hijos, solicitando con ello el relato de una historia fantástica donde hadas, princesas y ogros despiertan la imaginación de los chiquitines, quienes –soñando con hermosos reinos en los cuales siempre triunfa el bien– escuchándolos, se quedan plácidamente dormidos. En mi opinión personal, el origen del cuento se remonta cuando el ser humano pronunció la primera mentira o hecho fantasioso que arrobó la atención del escucha. Quizá magnificando una acción, exagerándola o simplemente, inventándola. Imaginemos a un cavernícola holgazán en tiempos prehistóricos. Vivía con su compañera en el interior de una cueva, morada que les servía para protegerse de la fiereza de los enormes dinosaurios e inclemencias de la naturaleza. Diariamente, salía en búsqueda del sustento para él y su compañera. Lo cierto es que el cavernícola, sobrado de holgazanería y procurando salvar su vida de algún despiadado dinosaurio, plácido descansaba

en una cueva aledaña a la suya, a la espera de una presa fácil para cazar. Un día, lo vence el sueño y cuando despierta ya ha oscurecido. Presuroso, llega a su hogar y tratando de justificar la ausencia de alimento y su tardanza, cuenta a su consorte que lo ha atacado un enorme dinosaurio y lo ha apresado. Gracias a su ingenio escapó, razón por la que no pudo llegar antes a su hogar ni haber cazado presa alguna. La historia se repite día a día. La mujer, enfadada y hambrienta, le dice a su compañero que será ella misma quien irá en búsqueda de alimento. Así fue. La mujer marchó y nunca más volvió. Él dio por hecho que –quizá– un dinosaurio la habría devorado. Los años pasaron y un día, el cavernícola, caminando por los desérticos llanos encontró a su mujer feliz, rosagante de alegría. Caminaba acompañada por media docena de niños que –cualquiera adivinaría– eran sus hijos. Cuando la miró, estupefacto le preguntó por qué nunca había vuelto a su hogar. Ella, simplemente contestó:

— Porque un dinosaurio –todavía– me tiene secuestrada.

Desde aquel remoto tiempo nació el cuento. Con esta temática –escasez de alimento, cavernícolas, miedo a la naturaleza y depredadores– o alguna relacionada a ella. Desde entonces, el hombre comenzó a relatar, a contar cuentos.

En el transcurso de la historia, se ha considerado la existencia de dos clases de cuentos: el popular y el literario. Las primeras manifestaciones mencionadas anteriormente se caracterizaron por su carácter oral. Se le conoció como cuento popular, llamado así, porque nacía del pueblo. Eran relatos transmitidos de boca a boca, de generación a generación. En esos dimes y diretes del pueblo, nacen los cuentos cuyos protagonistas encontramos en una amplia diversidad: Animales, hadas y dragones que vivían asombrosas hazañas reales y/o imaginarias relatadas con el afán de crear mitos y prototipos de héroes; la difusión de las magnánimes acciones de dioses con un fin aleccionador; o simplemente, narraciones para deleitar a los escuchas. La informalidad en el

habla popular de los cuentos y el anonimato son características del cuento popular.

Irene Andrés-Suárez en *La novela y el cuento. Frente a frente*, refiere que “En lo que respecta al cuento oral de carácter popular, tardó mucho tiempo en ser recogido por escrito. Es cierto que algunos de ellos fueron incorporados muy pronto a la literatura culta, pero no deja de ser todavía un fenómeno aislado” (8).

Respecto al origen del cuento literario, Mariano Baquero Goyanes en *Qué es el cuento*, aduce “Habrá, realmente, que llegar al siglo XIX para que se produzca la independencia estética del cuento y resulte normal el poder leer un relato breve, exento, solitario, sin necesidad del antes forzoso acompañamientos de otras narraciones” (59). Esta segunda categoría del cuento –el literario– se plasma con la perenne huella de la autoría. Es decir, los cuentos poseen un autor. Para diferenciar el cuento popular del literario, Ana L. Baquero Escudero en *El cuento en la historia literaria: La difícil autonomía de un género*, cita a Valles Calatrava “Se trata en este caso de una narración ficcional que tiene en la autoría, la invención original, la escritura, la fijación de unos límites textuales precisos y permanentes y la creación de una situación comunicativa diferida de las marcas que lo identifican como ejercicio literario narrativo moderno y diferenciado del cuento popular” (11-12). Es de vital importancia diferenciar el cuento popular del literario. Baquero Goyanes expresa “Una cosa es la aparición de la palabra *cuento* en la lengua castellana, y su utilización para designar relatos breves de tono popular y carácter oral, fundamentalmente y otra, la aparición del género que solemos distinguir como cuento literario, precisamente para diferenciarlo del tradicional” (18). Prosigue diciendo que “el primero es de origen antiquísimo; y el segundo, nace en el siglo XIX.” Borja Rodríguez Gutiérrez en *Historia del cuento español (1764-1850)*, parafrasea a Baquero Goyanes quien en *El Cuento en el siglo XIX*, establece la categorización de las temáticas en la cuentística: “legendarios, fantásticos, históricos y

patrióticos, religiosos, rurales, sociales, humorísticos y satíricos, de objetos y seres pequeños, de niños, de animales, populares, de amor, psicológicos y morales y trágicos y dramáticos” (157).

Mempo Giardinelli en *El cuento como género literario en América Latina*, expresa que “Según Anderson Imbert, el origen del cuento en sus formas breves puede incluso “rastrearse en sus inicios de la literatura, hace ya 4000 años (en textos sumerios y egipcios), como relatos intercalados y que luego se van perfilando en la literatura griega (Herodoto, Luciano), como digresiones imaginarias con una unidad de sentido relativamente autónoma”. Aduciendo a la evolución del cuento, la prosa narrativa inicia su esplendor en el Siglo XIV con el infante Don Juan Manuel. Su obra más importante titulada *El Conde Lucanor* es –también– conocida como *Libro de Patronio* y *Libro de los Enxemplos*. Carlos González Peña, en *El jardín de las letras*, opina respecto a dicha obra “preciosa colección de cuentos ejemplares, en los que el autor se propone moralizar divirtiendo, y que terminan siempre por una corta moraleja en verso. Revisten estos cuentos las más variadas formas: apólogos, alegorías, parábolas, relatos maravillosos o satíricos” (75). La obra en mención es considerada la primera obra narrativa escrita en prosa que se registra en la literatura moderna europea. Alba Omil y Raúl A. Piérola en *El Cuento y sus claves*, en el capítulo V, titulado *El legado del siglo XIV*, afirman “ Don Juan Manuel y Boccaccio van a gravitar notablemente en la cuentística europea del Renacimiento. En la Italia del siglo XIV, encontramos todavía ejemplos con propósito didáctico moral” (59).

Un cuento no es –solamente– una narración; un cuento no es una descripción. Un cuento contiene una narración y podría –o no– poseer una descripción. Un cuento debe comprender –en su estructura– tres importantes elementos: introducción, nudo y desenlace. Si carece de uno de ellos, no es cuento. He leído infinidad de historias cuyos autores las autonombran cuentos. Son llanamente narraciones o descripciones. Son bellas descripciones, magníficas narraciones pero

adolecen casi siempre del nudo o trama; del éxtasis de la historia misma. A partir de la necesidad que posee un escritor para contar una historia, dependerá cuándo ésta se convierte en una novela o permanece en su esencia como cuento. ¿Quién decide o qué define si un relato se convierte en un cuento o novela? ¿Es el tema, la trama, los personajes o el mismo escritor? Es todo esto y, a la vez, nada de ello. Es la vivencia y el conocimiento que posee un escritor en determinado tema para dar a conocer un relato. Es la maestría de la creatividad, la magnánime imaginación del escritor y el dominio del lenguaje lo que determina en cuántas páginas se desarrollará lo que se desea contar. El cuentista sabe a ciencia cierta y con antelación que la brevedad limitará su relato, a comparación de la novela en la que no existe ni prisa ni límite de extensión para desarrollar ésta e inclusive, le es permisible realizar diversos volúmenes que partan de la misma historia original. El cuentista no posee a su favor este recurso literario. Un cuento no posee segundas partes ni continuaciones porque en su limitación, en su brevedad, se alberga su majestuosidad.

Lauro Zavala en *Teorías del cuento I, Teorías de los cuentistas*, incluye ensayos y conferencias de renombrados escritores entre los que se encuentra Julio Cortázar. En “*Algunos aspectos del cuento*”, éste último afirma “el cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al tiempo, su único recurso es trabajar en profundidad, verticalmente, sea hacia arriba o hacia abajo del espacio literario, y de esta manera, “lo esencial del método” (309). De la brevedad de un cuento emerge la genialidad de un escritor y también, es ahí donde radica la dificultad de crear verdaderos cuentos, inolvidables, memorables.

Para tener idea de lo que significa brevedad en forma física, es decir, cuántas páginas o letras significa ser breve, Cortázar, alude respecto a la brevedad física de este específico género

literario: “El cuento parte de la noción de límite y en primer lugar del límite físico, al punto que en Francia, cuando un cuento excede de las veinte páginas, toma ya el nombre de *nouvelle*” (308). En la obra de Zavala mencionada con anterioridad, H. E. Bates en “*El Cuento Moderno*”, opina acerca de las restricciones y longitud de los cuentos “una vez que el cuento se ha sometido a ciertas restricciones de longitud (digamos entre ciento cincuenta palabras que es más o menos la longitud de *El hijo pródigo* y cinco mil que es la duración de *Una familia feliz*, de Tolstoi) el cuentista es el más libre de los escritores” (145), en cuanto a la elección del tema se refiere. La brevedad es la característica primordial que ningún cuentista debe olvidar. Sin brevedad no existe el cuento. ¿Quién no recuerda *Caperucita Roja*, *La Cenicienta* y *Blanca Nieves*? Son cuentos cortos, historias breves, relatos inolvidables que se grabaron en nuestra conciencia y que jamás olvidaremos... nunca... nunca...nunca. ¿Por qué? ¿Acaso recordaríamos esos mismos relatos si hubiesen sido largos, con muchos detalles y escritos en varios volúmenes? ¿Nos hubiesen impactado de igual manera si los hubiésemos leído en forma de novela? Definitivamente, no. Porque la instantaneidad de la sorpresa, la magia de la incertidumbre, la brevedad de los acontecimientos son lo que sustenta una historia corta denominada cuento. Francisco Montes de Oca en *Teoría literaria de la literatura*, enumera las facultades del artista literario “debe contar con una gran inteligencia estética (...) gozar de una fina sensibilidad estética (...) y en grado eminente imaginación y fantasía. Debe poseer excelente memoria” (15-16). Añade otras facultades como buen gusto, vocación, habilidad técnica e inspiración. Giardinelli ofrece la opinión de Juan-Armando Epple, acerca de las cuatro condiciones básicas de un cuento, las enumera: brevedad; singularidad temática; tensión; e intensidad.

Existen tantas definiciones de cuento como cuentistas y cada uno de ellos posee su propia concepción. Las hay desde definiciones técnicas y muy académicas hasta las más sutiles que por

sí mismas, invitan a incursionar en este género literario que –quizá– sea el más difícil de escribir magistralmente. Como se mencionó con anterioridad, un cuento es una historia contada en pocas palabras en comparación a la novela que sin límite de extensión, puede explayarse minuciosamente en detalles o descripciones que le ayuden a sustentar la historia. En la novela no existe la premura por contar; en el cuento, sí. Ángeles Cardona de Gilbert en *Voltaire*, opina que “Para Voltaire el cuento no debe ser la narración de sucesos interesantes escritos con un fin puramente estético; no hay que tender a deleitar” (28). Continúa parafraseando al reconocido escritor francés considerado uno de los más representativos de la Ilustración, que “Hay que encadenar sucesos, pero ligados por un coherente sistema ideológico. Sucesos que desemboquen en una conclusión a manera de moraleja sobreentendida” (29).

Baquero Escudero expresa acerca del cuento “Como uno de los géneros históricos más persistentes y destacados dentro del épico-narrativo, el cuento ha estado presente desde remotos orígenes en la tradición literaria. Especie de circunstancial brevedad, tal rasgo caracterizador ha sido el origen de su innata dificultad para preservar su autonomía, en su aparición dentro de la historia literaria” (11). Jorge Luis Borges en su libro titulado *Borges Oral*, compilación de conferencias pronunciadas por él mismo, afirmó en la titulada “*El libro*” pronunciada el 24 de mayo de 1978, que el cuento es: “lo que llamamos creación que es una mezcla de olvido y recuerdos de lo que hemos leído” (24). El cuentista argentino, en otro de sus discursos titulado “*Emanuel Swedenborg*” considera a éste, el hombre más extraordinario que registra la historia. Lo parafrasea al decir “La creación es una escritura secreta, una criptografía que debemos interpretar. Que todas las cosas son realmente palabras, salvo las cosas que no podemos entender y que tomamos literalmente” (63).

En la creación literaria no existen fórmulas mágicas ni pócimas de inspiración, dudo que

exista la inspiración. Me inclino a pensar que ésta última es un estado de alerta, quizá de consciencia. En el acto creativo no existe la necesidad de conocer reglas que ciñan o rijan el estilo de un escritor. En este aspecto, conocidos cuentistas coinciden en sus opiniones. Julio Cortázar aduce que “nadie puede pretender que los cuentos sólo deban escribirse luego de conocer sus leyes. En primer lugar, no hay tales leyes; a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable” (306).

Aludiendo a mi persona, no puedo afirmar con exactitud qué autores han influenciado directa o indirectamente en mi obra ni porqué decido escribir cuentos. En mi trayectoria de maestra de Español y mi práctica como editora y periodista, ambas profesiones realizadas por más de una década respectivamente, me he encontrado en permanente acceso y contacto con cientos de lecturas. Como maestra de Español fueron las obras literarias las que predominaron mi lectura; como periodista y editora, las lecturas informativas y científicas se convirtieron en el centro gravitacional de mi ejercicio periodístico. Lo que puedo asegurar es que han quedado grabados en mi mente cuentos infantiles de los Hermanos Grimm, fábulas de Esopo y algunos cuentos de Oscar Wilde.

En mi opinión personal, todos los géneros literarios son cuentos pues todos relatan una historia, un sentimiento, un drama. Una novela es un cuento largo, sin medida de extensión donde intervienen personajes e historias alternas. Una fábula es un cuento en el cual, los animales, cobran vida; relato terminado con una moraleja o enseñanza. Y ¿qué de la poesía? ¿podemos –también– considerarla como un cuento? Absolutamente. Para mí, es un relato en verso. Baquero Goyanes, afirma “conviene precisar que cuando se habla de cuento romántico habría que aludir tanto a los escritos en prosa como a los caracterizados por la forma versificada, bastante abundantes entonces en las letras españolas. Así, el Duque de Rivas, Espronceda,

Zorrilla cultivan la leyenda y el cuento en verso” (31).

Se tiene la creencia de que una novela tiene mayor valor literario por contener páginas en demasía. Mucho tiene que ver la mercadotecnia e intereses editoriales porque es más fácil vender una novela que un cuento. Pero, qué es más difícil, ¿escribir un cuento o una novela? ¿Qué es más artístico: una poesía o un cuento? ¿Qué entretiene más? ¿Qué impacta más? ¿Qué perdura por siempre en la memoria a largo plazo, no solamente en un individuo sino en la colectividad, en la humanidad? Son preguntas interesantes en las que el cuento –a mi juicio personal– tiene el común denominador de mayor rango. Al cuento nunca se le ha entronado en el reino de la literatura universal. Al cuento se le ha menospreciado su valor literario y mucho más, el artístico. Rodríguez Gutiérrez, afirma que “el cuento no contó con patrocinadores de “reconocido prestigio”: las poéticas lo ignoran, los autores “serios”, tanto los barrocos como los ilustrados no lo tienen en cuenta ni lo cultivan, los cultos lo desprecian por lo que tiene de vulgar, los polemistas no lo mencionan” (20). Continúa diciendo que hasta el año 1700, la historia del cuento “es la de un largo vacío, la de una desaparición casi total de la escena literaria” (20). Menciona a Don Juan Valera quien –en 1887– afirmó: “Habiendo sido todo cuento al empezar las literaturas y empezando el ingenio por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fue el último género literario que vino a escribirse (Valera, 1907; 8-9)” (20).

Mi creación literaria se inició en mi adolescencia. En mi familia, mi abuelita fue y mi madre –aún lo es– maestras de Español. Heredé el hábito de la lectura de ambas; además de tener acceso total a sus vastas bibliotecas, en sus respectivos hogares. Pero no fue hasta que escribí y publiqué libros de texto de Ortografía (*Aprendiendo Ortografía I*, *Aprendiendo Ortografía II* y más tarde, *el Aprendiz de Ortografía*) en los que incluí algunos ensayos y cuentos cortos para lograr la mejor comprensión de las reglas ortográficas. Es en esta época cuando considero que

empecé a escribir formalmente. Respecto al ingreso a la literatura cuentística, fue –en 1997– con la colección de cuentos del libro titulado *Cuentos latinoamericanos para el siglo XXI*. No poseo una peculiar manera de escribir. Sólo escribo. A la edad de quince años ingresé a la Benemérita Escuela Normal Federalizada del Estado de Tamaulipas; a los diecinueve, me encontraba estudiando mi Licenciatura de Lengua y Literatura Española en la Escuela Normal del Estado de Tamaulipas; a los veintitrés, mi grado máster en Lengua y Literatura Española, en la Escuela de Graduados en Monterrey, Nuevo León, instituciones educativas ubicadas en México. La enseñanza de decenas de materias de pedagogía y didáctica a tan temprana edad, quizá fueron el motor que –inconscientemente– hicieran que mis cuentos fueran didácticos, influidos por mis lecturas neoclásicas y tiendan a enseñar. La siguiente, es la opinión de otro gran cuentista que compila Zavala. Es la de Ernest Hemingway quien en “El arte del cuento”, la resume así “Dejar todo a un lado e inventar a partir de lo que conoce. (...) De eso se trata toda la escritura” (241).

Las características de la colección de cuentos que se compilan en la presente tesis se podrían considerar como clásicos y neoclásicos, realistas; de carácter didáctico-moral ya que en ellos se encuentran una enseñanza aleccionadora, moralizante. Considerados mis cuentos realistas, Enrique Anderson Imbert en *Teoría y técnica del cuento*, nos ofrece la siguiente definición: “Un cuento realista es el resultado de la voluntad de reproducir, lo más exactamente posible, las percepciones del No-yo (naturaleza, sociedad) y del Yo (sentimientos, pensamientos). Su fórmula estética podría ser: el mundo tal como es” (171). Otra de las características de mi cuentística es la de resaltar los valores universales. Esta clase de cuentos podemos encontrarlos en obras como *El Conde Lucanor*.

Concluyendo, considero al cuento como el género literario de mayor trascendencia y de mayor dificultad para escribirlo aún cuando se considere el de más reciente aparición en la

historia de la literatura, en comparación a la poesía, novela y dramaturgia. La complejidad de su creación radica en su característica más importante: la brevedad, ya que sin ésta, no existe el cuento. La mejor manera de ponderar al cuento y otorgarle un merecido lugar en el mundo de las letras, es ingresando en la escritura creativa, logrando despertar el genio de la creatividad y universalidad.

CHAPTER II

CUENTOS

El pecado inconfesable

Sólo por testigos los altos y gruesos muros de piedra de la parroquia, el arzobispo de la diócesis, expresaba a Heráclito, joven recién ordenado en el sacerdocio:

— He tenido una revelación. En un sueño, me han ordenado enviar hasta la más lejana comarca a un sabio sacerdote. Será ahí mismo, donde un hombre, en su agónico lecho de muerte, solicitará penitencia por el pecado inconfesable nunca pronunciado hasta el día de hoy.

El joven cura, sin pronunciar palabra, atónito escuchaba a su Superior eclesiástico quien lo instruía en tan importante diligencia:

— Cuando le otorgue los Santos Óleos, el cielo se abrirá y los hombres conocerán vivir en auténtica libertad.

— Un pecado, ¿inconfesable? –interrogó estupefacto, el joven párroco.

— Sí. –contestó el arzobispo y ceremonioso, seguía instruyendo– Jamás, hombre alguno lo ha pronunciado. Por esa razón deberá utilizar toda sabiduría, templanza y benevolencia de su buen corazón, para dar, al moribundo, justa penitencia.

— Usted lo ha dicho, el sacerdote más sabio... –dijo el clérigo.

El arzobispo lo interrumpió intempestivamente y con voz pausada, volvió a decir:

— Dios sabe cuán honrado me hubiese sentido cumplir esa misión pero, soy anciano... mi tiempo se agota. Ignoro cuándo, el Sumo Hacedor, enviará la gloria de conocer, en su reino terrenal, la plena libertad.

— ¿Cómo obtener sabiduría para otorgar justa penitencia? –Interrogó el padre Heráclito.

— La compasión es la antesala de la sabiduría y ésta, silente y sin compañía, con los años, arriba. Quien compadece, perdona. Sea compasivo con todo ser viviente que encuentre en su diario vivir y aún más, con aquéllos que padezcan sufrimiento en la prisión de su ignorancia.

— ¿Cómo he de reconocer que, realmente, es el pecado inconfesable? –cuestionó el clérigo.

— El cielo se lo mostrará –concluyó diciendo el senil religioso.

El padre Heráclito, partió. Los años transcurrieron, muchos años, nadie sabe cuántos, pero todos intuyen que fueron bastantes. Tantos que, en ocasiones, el siervo de Dios dudaba del buen juicio de su Superior eclesiástico. Se atrevió a pensar que –quizá– el arzobispo había mal interpretado aquel sueño y hasta dudó de su cordura ya que ningún moribundo había confesado insólito pecado. Todo mortal, en sus postreros hálitos de vida, imploraba perdón arrepintiéndose de sus pecados, cometidos éstos, por las dolencias de la imperfección de la naturaleza humana: la vileza de la traición; la ceguera del egoísmo, la ansiada venganza, el quebranto de la fidelidad; la insana ansia de riqueza...

Un día, el sacerdote ante el altar –con sus manos entrelazadas y de hinojos– rogaba clemencia por su incredulidad y por someter a sospecha y juicio, tan sagrada revelación. Los rayitos del sol de la temprana mañana, penetraban por entre los grandes y coloridos vitrales inundando de luminosidad la fe del párroco, así como las imágenes de santos y vírgenes de la parroquia. Mientras tanto, un escuincle, con sus piecitos descalzos corría por las empedradas callejuelas. Presuroso entró al sacro recinto interrumpiendo los rezos del hombre de larga sotana y con gritos

entrecortados por la sofocación de su frágil pecho, decía al párroco:

— Padre, Heráclito... Padre, ¡venga conmigo! Don Silvanito... Don Silvanito antes de morir, desea verlo... ¡júyale, padrecito, que el amo se muere!

La inesperada noticia, turbó la paz del clérigo y ante la conmoción de las palabras del niño, asombrado, cuestionó:

— ¿Don Silvanito?

— Sí, padrecito... —respondió, el niño, con alterada vocecilla.

— Pero, si Don Silvanito ¡es un santo! —exclamó, el sacerdote, atónito.

El escuincle, al escuchar las palabras del párroco, con ilimitado asombro y singular inocencia, interrogaba:

— ¿Santo? ¿Don Silvanito? y po's por qué no lo dijo antes, pue' que y me hubiera hecho un milagrito. Pero, ¡ándele...! —apuraba el niño al hombre, jalándole la obscura sotana— ¡Júyale, que el amo se muere!

El padre Heráclito, con dificultad, se reincorporó del altar y con pausado hablar, adujo:

— No hables tan atropellado. ¡Tranquilízate, quito! y respira sin premura. Despacio, dime, ¿qué le ha sucedido a don Silvanito?

— Las mujeres de la hacienda dicen que le ha mordido una coralillo y, también, que el veneno lo va a poner tieso —declaraba, el escuincle.

Tan pronto escuchó las palabras en la desasosegada dicción del chiquillo, el sacerdote, presuroso se encaminó a la sacristía y —entre sus manos— sujetó un pequeño maletín negro. Con raudo caminar, y sosteniéndose del hombro del crío, se encaminaban hasta la hacienda del acaudalado falleciente.

En aquel olvidado poblado, el padre Heráclito y don Silvanito, ambos septuagenarios

envejecieron juntos. Eran entrañables amigos, amistad que rayaba en hermandad. Los habitantes de la comarca le decían su nombre en diminutivo, en señal de cariño y agradecimiento. Todos le querían y respetaban. Jamás conoció enemigo alguno.

En el trayecto del camino, el cura, ensimismado en sus pensamientos, cavilaba para sí mismo:

— ¿Qué falta al cielo habrá cometido Silvanito, para que –con tanta urgencia– desee el perdón del Sumo Hacedor? Siempre buen hombre, fue; a Dios, siempre sirvió; la iglesia y el prójimo recibieron su oportuna ayuda. ¿De qué puede un hijo de Dios arrepentirse, si nunca pecó? ¿Si a persona alguna nunca, su honor mancilló? Y por más que pensaba y revivía otros episodios de la vida de su gran amigo, no atinaba adivinar qué falta hubiese podido cometer.

Al llegar a la hacienda, el párroco, se percató de los preparativos que realizaba la servidumbre para el futuro velorio: las plañideras, vestidas de riguroso luto, acomodándose en las sillas de la sala, cubrían sus cabezas con oscuros velos y preparaban sus niveos pañuelos para secar las lágrimas de sus futuros lloriqueos. Los olores de la elaboración de los platillos se escapaban de la cocina entremezclándose la canela del café de olla con los chiles del mole y del asado de puerco. En el traspatio, los músicos –recién llegados– afinaban las cuerdas de los instrumentos.

En las parcelas, los hombres, abandonando sus faenas silenciosos, se encaminaban a la hacienda del amo.

El hombre de sotana se encaminó al recinto del desahuciado. Cerca de la cama, se encontraba –ya– una mesita cubierta por un albo mantel en la cual reposaban dos velones blancos, unas cerillas y un apagavelas. El sacerdote extrajo de su maletín los Santos Óleos y los colocó sobre ésta. Nerviosamente, encendió los velones. Besó la blanca estola y la colocó alrededor de su cuello. Se sentó en una silla de madera cercana a la cabecera del moribundo. Don Silvanito, irremediabilmente, yacía.

Con grave y solemne voz, el clérigo, preguntó:

— ¿De qué te arrepientes, buen hombre?

— No existe mayor deseo que el morir en paz –decía el hombre de la cama y suplicante, clamaba– Penitencia, padre. Imploro penitencia.

El padre Heráclito, se sentía acongojado al ver a su gran amigo, su único y verdadero amigo, en el lecho de muerte. Constató la rigidez de su cuerpo y palidez, en su semblante:

— Decirme, buen hombre, ¿de qué te arrepientes en la vida?

En un susurro, la grave voz del moribundo, lastimero, confesaba:

— He pecado grandemente. Viví en ignorancia, aprisionado cruelmente por su yugo. Me arrepiento, padre... Me arrepiento... Me arrepiento de haberme preocupado...

— Pero, ¡si todos nos preocupamos! –exclamó el sacerdote interrumpiéndolo abruptamente tratando de consolar al agonizante.

Don Silvanito, con sus últimos alientos, se lamentaba:

— Oh, Dios mío... ¡Qué dolor! Mi alma se desborda de arrepentimiento, de culpabilidad... Ahora que muero, siento en mi alma la placidez de un sueño porque sé, que soy incapaz de cambiar los mandatos del destino. En este exhausto final, me horroriza el remordimiento de haber pecado... de haberme preocupado tanto... ¡Tanto!

El padre Heráclito, constataba cómo las palabras de su amigo, agotaban sus fuerzas. Minimizando la falta celestial, lo disculpaba, diciendo:

— En la cotidianidad de la vida, preocuparse es muy natural y no daña a nadie.

Don Silvanito, con tenue voz y haciendo pausas para recuperar su aliento, lloroso, proseguía:

— Mi mayor pecado fue recelar los mandatos del destino, los designios de Dios. Vivía temeroso, todo me preocupaba. Mi vida fue una obsesión por controlar los sucesos y la vida de

quienes me han amado. Deseaba que todo fuese a mi voluntad y necio, no permití el nacimiento de las miles de posibilidades que pudieron haberse presentado en el trueque de una oportuna negativa. Las trunqué, padre. Ignorante, todo me afligía...

Con dificultad para hablar el moribundo, proseguía lamentándose:

— Me preocupaba si las inclemencias del tiempo hiciesen perder mi cosecha; me sobresaltaba la posibilidad de que el precio del grano, disminuyera; que si mis hijos enfermaran; si mi mujer me engañara o dejara de amarme; si perdiera mis bienes. No valoré mi fortuna ni salud... ni tiempo ni familia. Las bendiciones recibidas eran insignificantes a comparación de mis preocupaciones. Hoy comprendo que nunca viví algo que no hubiese podido resolver o irremediablemente, perder. Mis días, uno tras otro; eran sobresaltados ante vanas preocupaciones. Mis años, desperdiciados en pensamientos negativos recurrentes me atemorizaban e inquietaban. Nunca confié en las leyes naturales; mi inconsciencia se convirtió en sólido dique que impedía el fluir de la corriente de la vida —Y, gimiendo, susurró— Por eso, muero agobiado, triste, arrepentido... muy arrepentido. Perdí mi tiempo en preocuparme por... ¡nada!

El estruendo de un inesperado trueno hizo callar, momentáneamente, al fehaciente. Sus lágrimas fluían sin cesar y con voz muy queda, confesaba:

— Me arrepiento de haberme preocupado... ¡por lo que nunca sucedió!

De pronto, el cielo, antes despejado y claro, se vistió de negruzcos nubarrones anunciando una tormenta. Por el largo ventanal, una ráfaga huracanada se coló en la habitación apagando los velones. El padre Heráclito, se acercó a cerrar el ventanal al momento que el estrepitoso rugido de otro rayo acompañado de resplandecientes relámpagos, parecían abrir el cielo.

El párroco regresó a tomar asiento. Conmovidamente, había escuchado las palabras del moribundo.

Pensativo, no pronunciaba palabra. No sabía qué responder. Nunca antes, agonizante alguno, expresaba tal arrepentimiento. Suspiró profundamente y adujo:

— ¡Oh, hijo mío! ¡Cuánto daño te has hecho tú mismo! Has sometido a tu propia persona al más inquietante de los dolores terrenales: la preocupación ¡Cuánto dolor innecesario..! ¡Cuánto desvelo fortuito! ¡Cuánta vida malograda! Pídele perdón a tus ojos por haber nublado tu vista de la realidad que la vida, benevolente, te ofrecía.

Pídele perdón a tus labios porque secuestrando tus palabras en regio mutismo, los lapidaste.

Pídele perdón a tus oídos porque no escuchaste los extasiados latidos de tu corazón que, amoroso, gritaban por realizar su propio albeldrío.

Pídele perdón a tus manos porque las ataste con la cuerda de la negativa de ofrecer una caricia; a tus pies, porque les impediste elegir libre dirección en búsqueda de inesperadas oportunidades.

Pídele perdón a tu pensamiento por haberlo engañado al vivir sucesos inexistentes y negarle la oportunidad de conocer la extasiada magia de la incertidumbre del futuro.

Pídele perdón a tu corazón por haberlo hecho padecer innecesariamente; a tu voluntad que, atemorizada, nunca, libremente, actuó.

Pídele perdón a tus sueños que pudieron haber sido grandes y buenos, pero viviste la pesadilla del miedo que engendra una preocupación.

Pídele perdón a tu valioso tiempo porque lo derrochaste en innecesaria ansiedad.

Pídele perdón a tu alma por traicionar tu auténtica esencia.

Pídele perdón a tu propia persona porque, forzada, la esclavizaste a vivir en el engaño del inútil desvelo, negándole la oportunidad de vivir en genuina libertad.

— Penitencia, padre –suplicaba, en un susurro, el moribundo.

— No has profanado al cielo; a nadie robaste; a nadie despreciaste; a nadie hiciste sufrir; a nadie mentiste; a nadie has dañado; excepto, a tu propia persona.

— Por el amor de Dios, penitencia, padre —rogaba el arrepentido mortal.

— No pierdas tu vida en pre... juzgar; ni en pre... ocuparte. Ocúpate y no te anticipes al rítmico vaivén del tiempo.

El sacerdote, calló. Se reincorporó de su asiento y guardó en su maletín, los Santos Óleos y estola. De pie, frente a la cama de su siempre amigo, con voz firme y entusiasta, decía:

— ¿Coralillos? Ésta, no es tierra de coralillos. Es el veneno de la culpabilidad lo que te está consumiendo. Tú, no estás enfermo. Si deseas vivir en plena libertad, ¡perdónate a ti mismo!

Y suspirando, con una sonrisa celestial, terminó de decir:

— ¡Dios no tiene pecado qué perdonarte! ¿Acaso deseas cumplir más penitencia que haber vivido el indescriptible dolor que engendraron tus vanas preocupaciones? En tu pecado, ¡ya pagaste la penitencia...!

Sin alma... sin corazón

En la pequeña y modesta hilandería, doña Estéfana y la Juana, envejecieron juntas frente a los husos, ruecas y telares en los cuales realizaban hermosos tejidos e hilados artesanales. En ellos, se les agotó la juventud, fuerzas y vitalidad. Cuando los vientos del norte anunciaban la llegada del crudo invierno, entonces, tejían ponchos, bufandas y cuanta prenda cubriera del inclemente frío para que –luego– don Pánfilo, el dueño del taller de hilados, las vendiera.

Una mañana, como era costumbre, doña Estéfana se encamió a la oficina de don Pánfilo. Entre sus regordetas manos, sostenía una taza de cerámica conteniendo humeante bebida. Al acercarse a la vieja puerta entreabierta, escuchó al patrón quien conversaba con un hombre recién llegado de la capital. Joven catrín: de ojos expresivos y labios delgados; oídos grandes, frente amplia y cabello relamido. De alta y esbelta figura e impecable traje oscuro. Con finos modales decía al sexagenario hombre:

— Usted comprobará que la producción de su taller aumentará considerablemente. Ya no tendrá problemas con las empleadas: que si llegan tarde; que si se enferman, que si las vacaciones. Y usted me disculpará pero, ya no son unas quinceañeras...

— En efecto, aquí todos hemos envejecido –musitó, don Pánfilo.

El catrín convincente, aseveraba:

— Con los años arriba el cansancio, quejidos y dolencias. Además, la vejez mengua; a los empleados, la fortaleza; y a los patrones, la productividad. Ya verá que todos éstos, serán problemas del pasado. Ya verá cómo el trabajo se multiplicará y se terminará con eficiencia. Así será, yo se lo aseguro: tan pronto y llegue, la nueva...

Doña Estéfana, cerca del umbral de la puerta, al escuchar la conversación sintió que el alma se

le escapaba del cuerpo y el corazón, latiendo presuroso, quería salirse por la garganta. Se sentía turbada, indefensa ante los años cumplidos, años acumulados que se delataban en las líneas de expresión de su marchito rostro. Sin desear escuchar más, sigilosa regresó a su lugar de trabajo, a la silla de fierro que por más de cuarenta años había estado sobre ella, día tras día, año tras año; a veces hilando y otras, tejiendo. Colocó la taza en una mesita cercana a ella de la cual se desprendía el olor de las hojitas de tila recién cortadas.

— Y ora tú, ¡po's qué te traes! –le preguntó la Juana, su eterna compañera de oficio– Traes una cara que parece que has visto ¡a un fantasma! Y, el té, ¿no lo quiso, don Pánfilo?

— El patroncito está platicando con el catrín que llegó de la capital... no quise entrometerme. –respondió pensativa, la mujer entrada en años y seria, reanudó su tejido.

Al salir de su larga jornada laboral, ya había obscurecido. Doña Estéfana caminaba por las estrechas y empedradas callejuelas, pensando en las palabras del ciudadano. Ensimismada en sus pensamientos, no escuchó el saludo de Rigoberto, el dueño del tendajo; ni el de doña Rosa, la dueña de la botica que estaba cerrando la puerta de su negocio. Al llegar a su humilde hogar, encendió una vela de cebo y la colocó encima de la vieja mesa de tablones. Se preguntaba y respondía a sí misma, una y otra vez:

— ¿Quién será la nueva? De seguro, una muchacha joven, de la capital.

Al día siguiente, don Pánfilo, sin ofrecer explicaciones, muy sutilmente despidió a sus dos empleadas. A doña Estéfana la invadía infinita tristeza el abandonar el taller de hilar, los hilos, la silla de fierro. Le dolía el alma, le dolía el corazón. Extrañaría a la Juana, y también, a don Pánfilo.

Vagaba por las calles. Por primera vez, en muchos años, contemplaba la ciudad de día. Sus jornadas laborales eran de sol a sol, razón por la que había perdido grandes acontecimientos de

aquel que, en otroro tiempo, había sido un poblado y sin percatarse, ahora se había convertido en una gran metrópoli financiera. Caminando por el malecón, veía –a lo lejos– los buques de vapor; visitó los mercados donde vendían frutas y verduras traídas de lejanas tierras; hermosas flores y árboles revestían los parques, todo era desconocido para ella. Llegó a su hogar y por días enteros, como nunca lo había hecho, disfrutó hacer nada.

La incertidumbre de su futuro, la agobiaba. Sin empleo, a su edad, sería difícil encontrar otro. Decidió escribir una carta a la nueva empleada. Con un lápiz de tosca punta de carbón, en un viejo cuaderno empezó a redactar con letra de difícil comprensión. Con el corazón desgarrado, ofrecía consejos y recomendaciones a quien la reemplazaría. Escribía:

A la Nueva:

Yo no te conozco, pero he oído que eres muy trabajadora y que haces buen trabajo, rápido y de gran calidad. Yo también trabajo bien pero, mi labor manual es lenta, muy lenta... los hilos de mi tejido se entretajan con mi tiempo, sudor, hambre, llanto y dolencias de la vida. Cuántos pensamientos entretajidos en mis labores artesanales, empleo de mísera paga y extenuadamente, agotador.

Lo que el catrincito dice, es verdad. Con los años llega todo el acumulado cansancio de la vida y también, las enfermedades. Mis manos ya no son tan ágiles como las tuyas; y mis ojos, cada vez, divisan menos. Es ley de vida que los viejos seamos reemplazados por la juventud. ¡Qué te puedo decir!, Los jóvenes no se fatigan tan fácilmente y los patrones los prefieren porque les abultan los bolsillos de ganancias por sus labores. Ocuparás mi lugar, mi silla, caminarás entre los telares, husos y ruecas. ¿Sabes? Debes ser cuidadosa con el telar, la agarradera es fácil de caer y atrasa el trabajo.

Lo que te pido encarecidamente es que cuides a don Pánfilo. Está enfermo, ¡el pobre viejo! Te suplico le seas paciente. Sus nervios –a menudo– están a punto de explotar. A diario le hiervo un tecito de tila, le hace mucho bien. La bolsa de tila se encuentra en el cajón de la cocineta, una cucharadita y media en una taza de agua, es la medida que le gusta. Padece del hígado y vesícula; y en tiempos de cosecha, el polen le produce una alergia que lo hace toser tanto que, en ocasiones, hemos temido que se ahogue. Don Pánfilo es gruñón, pero en el fondo de su corazón... muy en el fondo, es un hombre bueno. Es tacaño, ¡miserable!, diría yo. Aún así, se da a querer. Te suplico, cuides de su salud porque en ocasiones, se agrava.

Por mí y por la Juana, no te preocupes. Tú vive y trabaja, sin remordimiento. Si no fueras tú sería otra joven, otra con lozanas fuerzas quien nos hubiera reemplazado. Es ley de vida envejecer. Pero ¿qué vamos a hacer los viejos? Muchos estamos enfermos, cansados y sin empleo. Has llegado al taller y te puedo asegurar que un día –también– a ti te llegará la vejez, al igual que nos ha llegado a la Juana y a mí. Y te reemplazarán por otra... nueva.

Terminó de escribir deseándole suerte y sin encontrar una despedida adecuada, sólo escribió su nombre: Estéfana.

Apenas amanecía, presurosa se dirigió al taller. Tenía gran curiosidad por conocer a la nueva empleada. Al llegar, constató que los telares habían desaparecido. Desde el interior de un cuarto contiguo, se escuchaba el ruido del roce de metales. Doña Estéfana se dirigió en dirección de donde provenía dicho ruido. De pronto, un silencio absoluto. Lo menos que se imaginaría era encontrar al catrincillo de la capital. Ya no era aquel impecable hombre que había conocido. Ahora, con su camisa arremangada, su pantalón manchado de aceite y despeinado, se encontraba sentado en la silla de fierro que ella habría de reconocer de inmediato. En una de sus manos

sostenía un desarmador y sobre su regazo, un gran libro abierto. El capitalino con gesto adusto, miró a la doña y se limitó a decir:

— El viejo, no está – y volvió su mirada a las páginas del libro, hojeándolo con enojo.

— Yo, la verdad... no busco al patroncito. Vengo a entregar esta carta a... a la Nueva –dijo, tímidamente, la mujer.

— ¿A quién? –Interrogó el hombre, malhumorado.

Doña Estéfana, con voz muy queda, dijo:

— A una señorita joven que vendría de la capital, que trabajaría muy bien y tendría la producción a tiempo. Perdóneme, eso le escuché a usted, decirle a don Pánfilo.

— Se la presento, ésta es –respondió el capitalino, riendo burlonamente.

La mujer sorprendida, miró una enorme máquina de tejer eléctrica que, en su interior, tenía cientos de hilos multicolores enredados.

— No quiere funcionar –dijo el catrín encolerizado al mismo tiempo que le daba una patada al descompuesto artefacto.

Doña Estéfana, sin salir de su asombro, expresó:

— ¡Mire usted, lo que es la vida! La nueva se cansó antes de envejecer.

El hombre la ignoró y con desarmador en mano, se metió debajo de la máquina, desapareciéndose de la vista de la dama.

La mujer sacó la carta de su seno. Con sus cansadas manos acarició delicadamente el artefacto metálico y colocó la carta encima de éste. De sus ojos, sin licencia, brotaban lágrimas de impotencia al constatar por qué y por quién la habían reemplazado. Acercándose, en un susurro, le dijo a la inerte máquina:

— ¡Qué bueno que no tienes alma! ¡Qué bueno que no tienes corazón!

Los dioses del silencio

Un día, Tobiah, hombre extraviado en la incertidumbre de su vida, triste buscaba poseer – aunque fuese– una sola razón para vivir. Cansado de tanto errar, se sentó a la vera de un pedregoso camino.

Un sabio octogenario, sin fama ni fortuna, transitaba por la misma desolada senda. Encontrando a Tobiah –quien le confesó no poseer una razón para vivir– le bien aconsejó:

— Ve en búsqueda de los dioses del silencio, cada uno de ellos posee mil razones para que los hombres los imiten y encuentren su razón de vivir.

— ¿Los dioses del silencio? –preguntó, Tobiah, extrañado ante las palabras recién escuchadas e interrogaba:

— ¿Dónde encontrarlos? Muéstrame el camino. Dime, buen anciano, ¿qué rumbo seguir?

— La Rosa de los Vientos, en extasiado gozo, los alberga en todas sus direcciones, encuéntralos y se esparcirán sobre tu vida, mil esperanzas –respondía el ermitaño y señalando con su índice, advirtió:

— No confundas a los dioses del silencio con los de la elocuencia.

Tobiah, dudando de la cordura del anciano, cuestionó:

— Dices que, ellos, ¿hablan en silencio?

— Cuando los labios se cierran, las puertas del corazón se abren y bajo el umbral de la sensatez, cruza el espíritu regocijado –manifestó, el vagabundo, acomodándose en el suelo junto a Tobiah, quien desconcertado, demandaba saber:

— ¿Acaso me están traicionando mis oídos al escuchar semejante disparate? o es que ¿te estás

mofando de mi credibilidad? Eso que tú afirmas es una vil mentira, una locura.

— Cuando el hombre no comprende lo que escucha, su ignorancia, impotente para descubrir la verdad, deduce que es una locura —respondió sin premura, el senil varón.

— ¡Bah!, el hombre es incapaz de entender a sus semejantes con palabras, ¿en silencio? eso... eso es imposible.

El hombre, con pausado hablar, volvía a exteriorizar:

— Lo que carecen las palabras es, paradójicamente, de la fuerza del silencio. En silencio, se confiesan las más bellas verdades; en silencio, las caricias nacen y también en silencio, el amor eternamente, vive. Las más nobles acciones no exigen de parloteo para ser expresadas, se realizan en el mutismo del silencio. Una caricia no requiere palabras para ser ofrecida ni para sentir el éxtasis de su gozo; la placidez del sueño de un hijo es imposible expresarlo con palabras; un amanecer carece de sonido para ser admirado por su belleza.

— En silencio se atesoran las más nefastas falsedades, los rencores —dijo Tobiah interrumpiendo las sabias palabras del anciano, quien volvió a decir:

— Hablar es arduo quehacer humano porque no siempre se posee la cordura y medida para hacerlo.

— Entonces, ¿cuándo hablar y cuándo callar? —Indagaba Tobiah.

— Cada vez que pronuncies palabra, encuentra la noble intención de su imperiosa necesidad para ser expresada. Si todos los hombres hicieran esto, no existirían guerras ni enfermedades ni desatinos ni locura.

— Entonces, ¿he de callar para que otros de mí se mofen, me insulten y ninguneen? —Inquiría, Tobiah.

— ¿Para qué interrumpir el silencio con la insensata necesidad del ego? —objetaba el hombre

ataviado de lastimero disfraz de pordiosero y continuaba, con sabiondez, aduciendo:

— Cuando aprendas a aquietar tus sentidos, tu corazón descifrá la magia de los dioses del silencio y, en ellos, encontrarás mil razones para vivir. Pero no los ofendas, no los blasfemes porque te castigarán con su silente y despiadada furia. Nunca olvides que, en el silencio, encontrarás el reino de la sabiduría –dijo el hombre reincorporándose del suelo y caminando sigilosamente, se perdió en la vereda del camino.

Tobiah, deseando encontrar a un dios del silencio caminó y encontró a la mar. Muchos días con sus noches esperó frente a ella, pero, ningún dios apareció. Sin indicio de su presencia, dudando lo que el anciano le había aconsejado y no habiendo encontrado una razón para seguir viviendo, decidió terminar con su existencia. Envalentonándose, penetró a la brava mar para que le arrebatase su vida. Sorpresivamente, las olas envolvían su cuerpo y, con suma delicadeza, lo arrojaban a la orilla. Las mismas veces que entraba a la mar eran las mismas que era arrojado. Cansado en su intento, miró la cercanía de una majestuosa montaña y escaló hasta su cúspide. Desde ahí, miraba el abismo del precipicio, decidido intentó arrojarse al vacío. Una extraña fuerza impedía que los pies abandonaran la tierra. Ganando la batalla a la extraña fuerza terrenal, se arrojó. En caída libre, el viento, soportando el peso del cuerpo impedía la vertiginosa caída y suavemente, lo depositó en la tierra. Frustrado en sus intentos irrumpió en lastimero llanto.

Una dulce voz se escuchó de la nada.

— ¿Por qué lloras?

— El hombre, perplejo miró a su alrededor sin lograr divisar a mundano alguno.

Una voz varonil, volvió a cuestionar:

— ¿Por qué lloras?

Una tercera, melodiosa y femeninamente, cuestionó lo mismo:

— ¿Por qué lloras?

El hombre, atónito, giraba cabeza y cuerpo hacia todas las direcciones sin adivinar de dónde provenían las voces.

— Busco una razón para vivir, si en ti está, dámela –rogaba, Tobiah.

El cántico de las juguetonas olas, en bella melodía, respondieron:

— Deseas, ¿tan sólo una?

Asombrado, Tobiah, preguntó:

— Acaso, ¿posees más?

La voz, emanada del mar, adujo:

— Las razones que poseo para ser feliz son tantas como el infinito número de las olas que van y vienen. Nadie más feliz que yo. Otorgo vida a quienes en mi seno habitan; mis brazos en rítmico vaivén, llevan y traen los barcos que me navegan.

Tobiah, estupefacto, escuchaba las palabras. Frente a la inmensidad del mar, susurró:

— Yo soy...

— Eres una ola en mi mar –expresó dulcemente la misma voz femenina.

— Si he de solicitar una razón para vivir, una es tan insignificante... –manifestaba el decepcionado hombre.

La voz, en el cántico del oleaje, amorosa, decía:

— Las olas mueren para, instantáneamente, nacer. Idéntica es la vida del hombre: un constante vivir, un perpetuo morir, un cotidiano renacer.

— ¿Una razón de vivir, has solicitado? –Cuestionó otra femenina voz y sugirió– poseo infinidad, elige, entre ellas, las que desees.

— ¿Quién eres? –interrogaba el errante.

La voz matenal, proveniente de las entrañas de la tierra, melodiosa, decía:

— Soy quien sin queja ni lamento tu cuerpo sostiene y un día, tus sueños y cadavérico cuerpo en mis entrañas, albergaré. Antes de que esto suceda, emula mis razones de vivir. Doy vida a todo aquello que en mi seno solicite abrigo para crecer, vivir... y descansar.

De pronto, una delicada brisa acarició el rostro de Tobiah y, con voz grave, preguntó:

— ¿Una razón para vivir? Soy quien transporta las fértiles semillas; quien a los barcos rumbo, ofrece; quien viaja con las nubes...

Una cuarta voz, al igual que la anterior –varonil– interrumpió afirmando:

— Poseo, desde la calidez de una esperanza hasta el fuego de los leños que a tu hogar el frío mitiga. Existo en la ardiente pasión de tu corazón y en la tibieza de los dulces recuerdos.

De pronto, las voces cesaron. Tobiah reflexionó y emulando a los dioses del silencio, encontró mil razones para vivir.

Se quedaron allá

Juan, joven de apenas veinte años de edad era moreno y de pequeña estatura, de figura esbelta y mal vestido, abordaba un autobús de pasajeros que lo llevaría, de regreso, a su pueblo natal localizado en el sur de México. Sentado, observaba a través del cristal de la ventanilla, el paisaje que aumentaba su verdor a medida que el transporte se internaba al país dejando atrás las semidesérticas tierras. En su regazo reposaba una pequeña caja de cartón anudada con un mecate, misma que, fervoroso, sujetaba con sus manos como si se tratase del tesoro más codiciado.

Hacía meses que, Nicolás, José y él, habían partido rumbo al norte en búsqueda del “sueño americano”. Ahora, ojeroso regresaba –trasnochado– con la pesadilla que encontró.

Tan pronto y arribó al poblado, fue en búsqueda del párroco.

— ¿Cómo confesarle a doña Lola que sus hijos han fallecido en el intento? ¿Cómo decirle que a uno de ellos murió en la frontera y el otro, en el desierto de Arizona? –preguntaba Juan al hombre de obscura sotana, quien impasivo lo escuchaba.

Ambos hombres conversaron por horas enteras. Al despedirse, el clérigo bendijo con una cruz la cajita de cartón que el muchacho angustioso, aún aprisionaba entre sus manos. El recién llegado, sin premura, se encaminó al humilde hogar materno de quienes –en otroro tiempo– fuesen sus amigos. Al llegar, dio suaves toquitos a la puerta de madera, suspirando profundamente.

Doña Lola, mujer madura, regordeta y de piel morena, de grandes ojos y boca amplia, abrió la puerta de madera y, al mirarlo, se sorprendió. En un instante la eterna sonrisa de sus labios, desaparecía.

— Buenas, doña Lola –expresó Juan, fingiendo sonreír.

— Vienes... ¿solo? –preguntó la mujer y sin esperar obvia respuesta, dijo:

— Muchacho, que *güeno* que volviste –y sin decir más, lo abrazó fuertemente.

Juan respondió, cariñoso, el abrazo. Sentía cómo parte de su camisa era bañada por las silentes lágrimas maternas. Tratando de guardar compostura, la madre, volvió a decir:

— Pasa, pasa.

La mujer de edad madura, sentóse a la mesa. Él, la imitó.

Sin pronunciar palabra y con sus ojos anegados en lágrimas, miraba fijamente al joven recién llegado. Apretaba sus labios ahogando el lastimero llanto. El joven, no sabía qué ni cómo decir a la madre, la trágica suerte de sus hijos. Retorcía los delgados dedos de sus morenas y callosas manos. La mirada maternal que, silenciosa, rogaba noticias de sus vástagos, lo enmudecía.

El olor a café y canela recién molidos inundaba la paupérrima casucha. Doña Lola se reincorporó de su asiento y dando media vuelta, acercándose al fogón encendido, retiró el jarro de donde provenía el aromático café de olla. Dándole aún la espalda, al mismo momento de servir en dos jarritos de barro la humeante bebida, cuestionó:

— ¿Cuándo te vas?

— No, doña Lola, yo ya no me voy a ir... nunca –respondió el muchacho con voz apagada y envalentonándose con atropelladas palabras prosiguió diciendo:

— Quería decirle que Nicolás y José... que Nicolás y José... se quedaron allá. Están muy bien, trabajando, ganado bastantes dólares...

La madre giró nuevamente su robusta figura y sosteniendo los jarritos entre sus regordetas manos, ofreció uno de ellos al visitante. Sentada a la mesa, secándose con su álbeo delantal las lágrimas que rodaban por sus morenas mejillas, en un susurro, suplicó:

— No te esfuerces, Juan. Mis hijos nunca se han ido, se quedaron aquí, en esta vieja mesa, donde comíamos a diario; se quedaron en esas camas, donde aún reposan sus truncados sueños y esperanzas; en cada jarro que tomaban sus cafés están la huellas de sus labios, esos labios que me decían “La queremos mucho, mamacita. Volveremos pronto...”

Se quedaron aquí, en la luna de ese espejo que reflejaba sus imágenes; en esta tierra que los vio nacer. Se quedaron aquí —expresaba la madre, señalando su pecho y continuó:

— Desde hace días, mi corazón ya no palpita. Es como si no tuviera por quién latir.

Otro día, muy temprano, las campanas de la parroquia replicaban anunciando a los feligreses la hora de la misa. Doña Lola, por primera vez —en muchos años— no asistió. El sacerdote, extrañado y conociendo la funesta suerte de sus vástagos, tan pronto y dio la bendición a los fieles, raudo fue en su búsqueda. Al llegar al hogar constató la puerta entreabierta. Entró llamándola por su nombre. Todo era silencio. El párroco se encaminó a la recámara. Al entrar al recinto, petrificado detuvo sus pasos. Estaba inmóvil, estupefacto ante la escena que tenía frente a él. En sepulcral silencio, se persignó. Doña Lola se encontraba sobre su cama, inerte. Sus ojos abiertos se fijaron en la vieja y seca palma del techo; sus labios, los adornaba una sonrisa angelicalmente maternal; sus manos, una sobre otra, reposaban sobre su corazón. El sacerdote, cerró los párpados femeninos y susurrando, rezaba.

Las vecinas, al enterarse del deceso, presurosas, llegaron a la casucha. Peinaron el cabello cano de la difunta y, nuevamente, se lo trenzaron. La ataviaron con un vestido amarillo que, tiempo atrás, con su innata alegría —la doña— platicaba haberlo comprado en el mercado para estrenarlo el día que sus hijos regresaran. Las mujeres le colocaron los brazos a sus costados y cubrieron el inmóvil cuerpo con una nivea sábana.

El párroco fue con el carpintero a solicitarle prestado un cajón de madera para que hiciera las veces de ataúd. En su interior, colocaron el marchito y frágil cuerpo de la madre.

Al día siguiente, todos los habitantes del pueblo asistieron a la misa de cuerpo presente. Juan, que se encontraba ahí mismo, desató el mecate que sujetaba aquella cajita de cartón que, celoso, cuidaba desde su viaje. De su interior sacó un bote de cristal, mismo que contenía las cenizas de los hijos de la madre muerta y lo colocó en el interior del ataúd. Seis hombres transportaron el sarcófago desde la parroquia al cementario. La sorpresa fue tal, que al abrir el féretro para extraer el cadáver y enterrarlo, encontraron rostro y cuerpo maternos teñidos de cenizas y sus cadavéricas manos aprisionaban, fuertemente, el frasco de cristal... ¡Vacío!

Las piedras raras

Los habitantes de la lejana comarca no comprendían porqué Don Nemesio viviendo tan miserable podía ser el hombre más feliz de la Tierra. No existía algo que interrumpiera su sueño y nada que perturbara, su paz. Su hogar, modesta cabaña ubicada en la falda de la montaña, era de viejos y gruesos troncos; sin exceso ni lujo pero, muy confortable. La siempre humeante chimenea era de piedra, una pequeña terraza cubría a la puerta principal de la lluvia de los gélidos inviernos.

El paisaje era bello: altos pinos y ahuhuetes rodeaban su casa; aves trinando en los nidos de los añosos árboles y en sus troncos, sin temor de su suerte, las ágiles ardillas, correteaban. Desde las entrañas de la montaña, cuesta abajo, el agua presurosa abiéndose paso por entre los pedregones cantaba melodiosa encontrando la desembocadura del río que pasaba justo frente a su hogar. Ahí, las patas silvestres nadaban y tras ellas, siguiéndolas, sus crías recién nacidas. Una tortuga asomaba, de vez en cuando, su cabecita a la superficie del agua para ver qué pasaba en el mundo terrenal.

Don Nemesio, era inmensamente acaudalado. Tiempo atrás, había sido un gran navegante, viajó por inmensos mares de embrabecidas aguas, visitó lejanas tierras comprando finas sedas, vendiéndoselas a reyes y príncipes. Lidió con intrépidos vikingos y despiadados piratas; con hambrientos tiburones y con la furia de las tormentas, nunca perdió batalla alguna y dicen que sus fuerzas era de un titán. Del mundo entero conoció su belleza y nunca juzgó la maldad.

Era alto y robusto, siempre risueño y de gran humor. Vivía solo. Un día encontró a una bella gitana quien le vaticinó su futuro. Los hermosos ojos de la mujer destellaban. La miró con detenimiento, su mirada era fija, tan fija como la luz de la luna. Pasó la mano frente a los ojos de

la fémina y constató que era ciega. Tomando la mano de la gitana, depositó una moneda.

— Mis palabras valen oro... la esplendidez convierte al rico en pordiosero. —expresó la gitana.

Rauda, guardó en su pecho la moneda y prosiguió diciendo:

— La peor ofensa con la que puedes profanar al cielo es derrochar las bendiciones que el Sumo Hacedor, te ha otorgado —y sacando de su morral, un pequeño plato hondo de arcilla, se lo regaló diciéndole:

— Llévalo contigo hasta tu hogar y colócalo sobre tu mesa. Cada vez que lo mires, acudirá a tu pensamiento el recuerdo de que el plato vale nada pero, llenarlo, cuesta sudor y lágrimas. Así es que, cuando alguien acuda en búsqueda de tus favores, convídalo a sentarse a tu mesa. Discretamente, mira el plato y pregúntate: “Si concedes el favor, ¿cuánto acrecentará tu esfuerzo, sudor y lágrimas para volver a ser llenado?”

El hombre obedeció y con el pequeño tazón entre sus manos, al momento de retirarse, cuestionó a la mujer:

— Dame una razón para creerte.

— Si en la vida no crees, te pierdes —respondió la gitana.

Muchas personas acudían a él, en busca de favores. Él, los escuchaba y miraba aquel modesto plato de arcilla, lleno de piedritas de río. Un día, un vecino, llegó hasta su hogar a pedirle unos reales que necesitaba. Como era costumbre, don Nemesio, negó la ayuda financiera y le dijo:

— Yo no tengo más fortuna que este plato. Es mi única fortuna.

El vecino dudó de su cordura pensando cómo un montón de piedras podían hacer feliz a aquel hombre pensó que quizá, eran raras piedras preciosas y osadamente, lo robó. Presuroso llevó las piedras al mercado más cercano para venderlas, mas se mofaron de su incredulidad. Don Nemesio, volvió a juntar piedras del riachuelo y las colocó, nuevamente, dentro del plato.

El vecino llegó hasta su casa a confesar su hurto. Reprochóle que aquellas raras piedras no tenían ningún valor. Curioso, preguntó la razón de porqué lo hacían feliz.

Don Nemesio, indiferente, respondió:

— Las piedras, al igual que el oro no tienen valor cuando lo posees excepto cuando careces de él.

— ¿Y para qué colocarlas en la mesa y verlas todos los días? —Preguntó, intrigado, el hombre.

El hombre de inmensa fortuna, sonriendo, se limitó a decir:

— Para nunca olvidarlo.

Oye, mujer...

Los intensos rayos del astro solar bañaban, con regia intensidad, los sembradíos de la lejana comarca. María, muchacha de escasos quince años, de menuda figura y aperlada piel, vestía humildemente: obscura falda y alba blusa de algodón. Calzaba un desgastado par de albarcas. Un rebozo anudado en su pecho ayudaba a sostener en su espalda, a su hija recién nacida. Entre sus frágiles manos, sujetaba la yunta que al fatigado paso del par de bueyes que la jalaban, araba rasgando las virginales entrañas de la tierra. Al frente de la campesina, caminaba Bartolomé quien, sin esfuerzo alguno, guiaba al par de animales.

Él, veinteañero, de descendencia noble y venido a menos, soltó las riendas de los animales de carga, se quitó el sombrero de paja y pasó el antebrazo por su frente quitando el sudor de ésta.

Malhumorado, ordenó a la fémina:

— Estoy hambriento y cansado. Vé, mujer, al jacal y prepara de comer.

María, al escucharlo, con voz aguda y firme, exclamaba:

— ¿Cansado tú? Pero, ¿de qué te cansas? No haces otra cosa más que agarrar la riendas para que no se desvíen los bueyes. ¡Cansada, yo...!, que cargo una hija en mi espalda y otra en mi vientre. Además, sostengo la yunta y voy agachada para que no se atore en la tierra. Ve tú y haz los alimentos para los dos.

— Grande es la imprudencia que tus labios pronuncian, ¡yo soy el hombre! —Respondía Bartolomé.

— ¡Y yo la mujer...! —Aducía María, interrumpiendo abruptamente a su compañero.

— Yo no sé cocinar... —Volvía a decir el varón.

— Y, ¿tú crees que yo nací enseñada? ¿ya aprendidita? Si no sabes cocinar, no comerás.—

pronunciaba, María, sin menoscabo de enfurecer a su compañero de vida.

— Mi mamá me cocinaba todos los días... —Pronunciaba el varón recordando otro tiempo.

— Yo no soy tu mamá —replicaba María.

— Pero, sí, mi mujer —decía enfático, Bartolomé.

— Yo no soy tu mujer. Yo soy una mujer que vive contigo. Nunca he estado en venta, nunca pagaste por mí, así que soy libre. No te pertenezco, Yo... yo no tengo dueño...—Aclaraba, María, sin sospechar que ésas serían sus últimas palabras que pronunciaba con libertad.

— Te repito, haz de comer. Los hombres no nacimos para esos quehaceres. Son las mujeres quienes deben realizarlos —expresaba en tono molesto, Bartolomé.

María, valiente interrumpiéndolo, preguntaba:

— ¿Quién con osado atrevimiento ha dicho que las mujeres nacimos para tan arduas tareas?

Bartolomé, no sabía qué responder. La mujer día a día —y cada vez con más frecuencia— se revelaba ante sus órdenes y pedimentos.

— Dime, ¿quién?, ¿quién ha dicho semejante disparate? —Insistía en saber la muchacha.

El varón, ignorándola, alzó los brazos al cielo y como quien solicitara clemencia al Sumo Hacedor por la impertinente rebeldía femenina, exclamaba:

— ¡Dios mío! Dios... Dios...

María, al escuchar a Bartolomé, enmudeció sepulcralmente. Su faz se tornó pálida; sus grandes ojos negros, le miraban fijamente. Con trémula voz, temerosa, cuestionaba:

— ¿Lo dijo... Dios?

Bartolomé, sin entender la pregunta, malhumorado por los intensos rayos del medio día y falta de alimento, exasperado, cuestionaba:

— ¿De qué hablas, mujer?

— ¿Es verdad lo que has dicho? Presto, ¡contesta! –Urgía María la respuesta sin salir de su asombro.

El hombre extrañado, por primera vez, fue testigo del petrificado miedo plasmado en el rostro de la mujer. Sin aún entenderla, mudamente, la escuchaba:

— Responde, ¿ha sido Dios quien me ha enviado tan duras tareas? ¿Lo ha dicho, Él? – Demandaba impaciente, María, saber.

Bartolomé, aprovechando la confusión de la fémina, respondió:

— Sí, mujer. Lo dijo Dios.

— Tú, ¿hablas con Dios? –Interrogaba, María, con incrédulo asombro.

— Sí, yo hablo con él –aseguraba, Bartolomé, esquivando la mirada de su compañera.

— ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿A qué hora tienes ese honor? –Preguntaba María e insistente, con mayúscula curiosidad, indagaba:

— ¿Dónde? ¿Cuándo? Responde...

El hombre, nerviosamente señaló con su mano a la alta montaña y titubeante, contestaba.

— Allá...

María, perpleja, en tono de reproche, reclamaba:

— Entonces, mientras yo voy al bosque y corto leña; mientras cocino; mientras voy al río a lavar la ropa sucia; mientras voy al pozo por agua para beber; mientras cuido y alimento a los animales; mientras siembro en la parcela y cuando es tiempo, cosecho; mientras esquivo a las ovejas y cardo la lana; mientras cocino; cuido y amamanto a nuestra hija; y barro y echo agua a la plantas; mientras yo hago todo esto y más... Mucho más, tú estas en la montaña platicando con Dios. ¡Mira, qué bribón! Pero, mañana, mañana mismo vamos con Él para que me diga a mí, personalmente, qué voy a hacer yo... Y qué vas a hacer tú. De mañana, no pasa y de eso, ¡me

encargo yo!

— Ehhh, mañana Dios va a estar muy ocupado –argüía, Bartolomé, titubeando al mismo tiempo que caminaba rumbo al humilde jacal.

María, abandonó el arado siguiendo los pasos de Bartolomé. A su esplada, burlona, preguntaba:

— ¡No me digas! Dios, ¿va a estar muy ocupado? ¡Con otro prángana como tú!

El muchacho, seguía caminando y vacilante, decía:

— Él me dijo que, a lo mejor, mañana no va a estar en la montaña...

— Pues, nos levantamos muy temprano, para alcanzarlo antes de que se vaya. Y si no está, lo esperamos ahí, hasta que regrese –anunciaba insistente la agitada voz femenina entrando a su jacal.

— Y, ¿no vas a hacer de comer? –cuestionaba, Bartolomé.

— ¡Claro que no!, hasta que Dios diga a quién le corresponde hacer de almorzar, comer y cenar, hasta entonces, ¡me meto a la cocina! –Respondía María, al momento que se sentaba sobre una vieja y gruesa manta que se encontraba en el suelo de tierra suelta. Se deshizo el nudo del rebozo que le ayudaba a sostener a su hija en la espalda; y con infinita ternura –entre sus brazos– sostenía a la recién nacida amamantándola.

Hombre y mujer acordaron ir –otro día– a la montaña en busca del Creador de todas las Cosas para que fuera Él, precisamente Él, quien decidiera quién iba a mandar en el hogar y quién, obedecer. Y también, fuera el Sumo Hacedor, quien dividiera los afanosos quehaceres en la cotidiana vida del hombre y de la mujer.

La noche, con sosegada calma, arribaba abrigando con su oscuro velo, parcela y casucha. Ambos se acostaron fingiendo dormir. Ninguno de los dos lograba conciliar el sueño. María era

rebelde y osada; risueña y alegre; perspicaz e intuitiva; no se dejaba engañar fácilmente. Huyó de su hogar con el ahora compañero porque se rebelaba ante el paralizante yugo paternal, pensó que al formar su propia familia desaparecería el dominio masculino. Para Bartolomé, aquella noche fue la más larga de todas, tramaba cómo lograr escabullirse de vulgares quehaceres domésticos, considerados por él, corrientes e insignificantes que sólo lograban denigrarlo y que, además, no deseaba realizar. Acostumbrado a que su madre le sirviera, ahora deseaba gozar de María, esos privilegios filiales que solía disfrutar –antaoño– en su hogar materno, delegando responsabilidad total a su mujer. Mientras los pensamientos del varón eran de evitar el trabajo y responsabilidad; los de la madre eran encontrar la manera de suplicarle a Dios, esparciera su infinita misericordia para restarle tanto trabajo forzoso, miseria y sufrimiento.

Apenas el alba se desesperaba y apresuraba al astro solar su presencia cuando, María, despertó a Bartolomé para ir en búsqueda del Todopoderoso. En ese instante, la madre constató que Paz –su pequeña hija– tenía fiebre. Entonces, le dijo a su compañero:

— Quédate con Paz, iré a hablar con Dios.

La inocente, al escuchar la voz maternal y ver que su madre se alejaba, lloriqueaba solicitando los brazos de ésta, para que la cargara.

Bartolomé, nervioso, al constatar que su hija estaba enferma, trastabilleaba:

— Desconozco las hierbas que traes del campo para curarla; ignoro cómo una madre le regresa a sus hijos, la salud. Quédate tú, iré yo solo a la montaña, ya te platicaré lo que hable con Dios.

La mujer no respondió. Al ver la gravedad de su cría y saber la incapacidad del hombre para curarla, encogió los hombros aceptando las palabras. Apresurada, corrió al campo a cortar las hierbas que sabía, restablecerían la salud a su pequeña. Ya de noche, Bartolomé embriagado y

tambaleándose de un lado hacia otro, llegó a su hogar. La pequeña Paz en el interior de un cajón de madera que hacía las veces de cuna, se encontraba plácidamente dormida y ella, cercana, velaba el sueño de su vástago. Ansiosa de respuestas celestiales, tan pronto vio llegar a Bartolomé, cuestionaba:

— ¿Qué te dijo Dios?

— Mujer, ¿acaso no estás viendo lo cansado que llego? Mañana, hablamos –contestó el varón sorprendido por la pregunta y acostándose sobre la colcha se durmió.

Durante varios días, Bartolomé, pospuso la conversación con María. La salud de la niña, mejoró. La madre –una y otra vez– pensaba qué podría haberle mandado decir el Sumo Hacedor. Atardecía y la desesperada curiosidad femenina no podía, ya, albergarse más en el alma de la mujer. Exasperada, libremente, cuestionaba:

— Como tú no me has dado la razón que me envió Dios entonces, yo misma me voy a la montaña para que me la diga a mí.

— Espera, mujer... Espera –decía Bartolomé. Con un movimiento de su mano, la invitó a tomar asiento a la modesta mesa:

— Cuando fui a la montaña, estando frente a Dios, le dije que no habías podido ir porque Paz, nuestra hija, estaba enferma...

— Cuéntame lo que yo no conozca –respondía María, levantándose súbitamente de su asiento y poniéndose las manos en su cintura en señal de reto, escuchaba aún molesta por la larga espera de noticias.

Bartolomé, objetaba con irreconocible paciencia:

— Dios te manda felicitar, me ha dicho que fue lo mejor que pudiste haber hecho: quedarte en casa cuidando de nuestra hija. Dijo que si hubieras ido, Él mismo te hubiese enviado de

regreso a cuidar de la cría. Me encomendó decirte que éste, es tu lugar en el mundo y en tu vida. Que es el lugar de todas las mujeres: su hogar, cuidando con esmero a sus hijos, a sus hombres y pertenencias. Que así debías seguir...

María, desconcertada ante la respuesta, miró a su alrededor. Su hogar no era más que un jacal de piedra y techo de paja que ella misma, con sus propias manos, había construido. Dentro de éste, sobre el piso de tierra se encontraban: la gruesa manta en la que dormían, una mesa, dos sillas de madera y el cajón de Paz, que también ella misma fabricó; un pequeño anafre; un jarro de barro al igual que una sartén y dos platos del mismo material. Ése era su hogar y sus pertenencias y eso, lo que debía con esmero cuidar.

La mujer, sintió que desde sus entrañas nacía incontenible impotencia. Suspiró profundamente. Pensativa, con la mirada fija al suelo, asentó con la cabeza y girando media vuelta en dirección a la puerta, advertía:

— Pues, que Él mismo, me lo diga. ¡Ahorita vengo!

Bartolomé, mirando al techo de paja al mismo tiempo que abría los brazos, clamando, decía:

— ¡Bendito seas, Señor! ¡Alabada tu palabra! No equivocas la manera de juzgar a la mujer. ¡Bendito seas!, por abrirme los ojos. ¡Oh, estaba ciego y gracias a ti, despierto! Mujer, ven acá; déjame terminar de hablar porque Dios me ha dicho que ése es tu problema, no sabes escuchar. Siempre hablas y hablas. El Creador de todas las Cosas, me ha dicho que en todo corazón femenino debe anidar la sumisión; que debes aprender a escuchar y callar. Y no sólo eso... debes enseñárselo a todas tus hijas.

— Que sea el mismo Altísimo, quien me lo diga... —Decía María, con turbada terquedad.

Bartolomé, sin medir la magnitud de su palabras, con rostro serio, anunciaba:

— Es que... no sé como decirte... —decía retando la inteligencia femenina. El artista de la

artimaña cayó al suelo y de hinojos, suplicante, rogaba:

— Señor, mi Dios, ilumíname para cumplir cabalmente tu mandato. Dame la fuerza que sólo el varón posee para hacer cumplir tu santa voluntad.

Trabajosamente, se reincorporó y frente a María, inhalando una bocanada de aire, cerrando los ojos, declaraba:

— Dios no habla con las mujeres.

Las palabras en la grave voz masculina conmocionaron a la mujer trastocando el entendimiento de su fe. Estupefacta, con el eco de las palabras lentamente, se acercó a la mesa y se sentó a ella. Su dolor fue inmenso. Enmudeció. No decía palabra, no podía decir palabra.

El hombre, seguía diciendo:

— Él me ha dicho que debo ser paciente contigo, mujer. Que debo comprender a un ser que no puede crear sus propias ideas, que no posee esa capacidad –continuaba asegurando el varón:

— Yo, mirando a Dios diciéndome esto, lo vi acongojado, muy triste, como apesumbrado por no haber logrado hacer a la mujer igual que al hombre. De veras, mujer... Lo vi muy triste, pesaroso, ¡abatido! Me dijo que la mujer fue un fracaso de lo que sería el varón. Miráte, –decía Bartolomé ya envalentonado y manoteando al aire– estás incompleta, eres una vergüenza celestial, ¡una deshonra! Eres un varón mutilado.

Las lágrimas fluían sin cesar del rostro femenino. Sentía que cada palabra resquebrajaba su integridad, desmoralizaba su ser, aniquilaba su ímpetu. En perpleja conmoción continuaba escuchando a Bartolomé.

— Tú, naciste de la costilla de un hombre.

La fémina, desconcertada ante la aseveración masculina atormentada, preguntaba:

— ¿Cómo me puedes decir eso? ¿Cómo me puedes decir que la mujer nació de la costilla del

hombre si cuando es solamente la mujer, la que crea al hombre?

— Estás equivocada. El hombre es el que crea; la mujer, solamente, procrea, germina la semilla del hombre. Yo no lo digo, lo dice Dios. ¿Estás viendo con tus propios ojos, tus acciones? Ahora compruebas por ti misma el ¿por qué Dios no quiere hablar contigo, mujer? Tu mente no es suficiente para pensar en los milagros de la fe. ¿Ahora comprendes por qué Dios no habla con las mujeres? Porque nacieron comiendo pecado...

— Pero, ¡si mal como habichuelas!

— ¡Bien exhibes tu ignorancia! La mujer nació cometiendo errores, ¿sabes tú lo primero que hizo la mujer cuando se encontró en el Edén? Sí, en el paraíso... cuando nada le faltaba, donde todo era felicidad? ¡Comió pecado! Y empezaron las penurias para todos los hombres, el trabajo forzado, los desvelos, por eso... el hombre trabaja. Una mujer pecadora es la culpable de que yo trabaje todos los días. Mancillaste el paraíso, no eres pura, eres una pecadora igual que tu madre, tu abuela, tu tatarabuela hasta llegar a la primera mujer, todas son pecadoras.

— ¿La mujer nació de la costilla de un hombre? Pero, ¿cómo? ¿De un hueso, la mujer... fue creada? Señor, ilumíname, por Dios. ¿Cómo entenderlo? No puedo... no puedo entenderlo.

— No. No puedes entenderlo... y no lo entiendes porque eres ¡mujer! De poco serviría que lo entendieras porque tampoco podrías hacer algo. No te hagas muchas preguntas porque no tendrás respuestas y al no encontrarlas, vivirás perdida. Quien no pueda cuestionarse las preguntas correctas, nunca encontrará asertivas respuestas.

La mujer, tristemente agobiada, apretaba sus frágiles manos y pensaba en voz alta:

— ¡Oh, este inmenso dolor desgarrar mi pecho! ¿Cómo decidir bien en la vida? ¿Cómo no equivocarse mi cotidiano actuar?

Bartolomé, con voz firme, ensanchando su pecho, enfatizaba:

— No puedes hacerlo sola, necesitas de un guía, de un amo, necesitas de mí: de un hombre. De hoy en adelante, yo seré tu amo y señor. ¡Oh, qué responsabilidad tan grande! ¡Qué carga tan enorme ha colocado, Dios, en mis hombros! El Sumo Hacedor me ha reconfortado y me ayudará a esta gran tarea, me otorgó grandeza, virilidad... ¡virtud!

— ¿Por qué tanta la diferencia entre tú y yo, por qué tanta la desigualdad, por qué Dios te ha dado tanto y a mí, tan poco? —Insistía saber, el atormentado corazón femenino.

El varón, se reacomodó en su asiento; respiró profundamente y sin expirar, argüía apresuradamente:

— Porque tú no tienes alma.

La mujer, nuevamente, irrumpió en doloroso llanto. Corriendo salió del humilde jacal y bajo el manto estrellado, anegada en lágrimas, oprimiéndose con las manos su frágil pecho, susurraba:

— Yo, ¿sin alma?

Se sentía vacía, sentía la orfandad de la igualdad, de la inequidad. Las lágrimas, sin cesar, seguían fluyendo por sus aperladas mejillas.

— No llores, mujer... —Pronunció, en voz baja, su compañero.

María, en inmenso desconsuelo, gemía:

— Pero, ¿cómo no voy a llorar, si no poseo alma! Lloro porque estoy vacía, tú y yo... tú y yo, no somos iguales. ¡Oh, qué martirio! Yo, yo soy igual que una vaca, que una gallina, que una hormiga. Ante los ojos de Dios, soy tan insignificante, soy un animal inferior.

— Existen muchas cosas que puedes reemplazar por la ausencia de tu alma. La obediencia, la sumisión, los quehaceres de tu hogar, compensarán el vacío de no tener alma. Ya es tarde, mujer. Tengo hambre, anda vé y hazme de cenar.

María, dolorosamente secó sus lágrimas con las enaguas y obediente, entró a su hogar a

prender fuego a los trozos de leña que se encontraban en el anafre.

Bartolomé, contemplando la obscura noche y complacido por su cometido, sonriendo satisfactoriamente, susurró:

— Señor, mi Dios... ¡Bendito sea tu nombre!

Después de esa noche la vida de María cambió totalmente. Su rebedía y ansia de igualdad, sin piedad fueron brutalmente sometidas; infinita tristeza invadió su rostro. Su voz se apagó; de sus labios apenas se escuchaban resquebrajados... temerosos susurros; su mirada –perenemente– se fijó en el suelo que pisaba. Bartolomé se aprovechaba de la fe a un Dios al que convertía en cruel verdugo, sin sospechar el inmenso dolor que causaba a todas las mujeres vivas de aquel entonces... a todas las que no habían nacido... y a las que aún no nacen.

María dio a luz a su segunda hija: una preciosa niña, de belleza y gracia sin par. Amorosa, abrazó a la recién nacida e inconsolablemente lloraba; gemía de dolor, ese amargo dolor de haber engendrado a otro ser inferior, a un ser sin alma. La infante, obsequió a su madre una sonrisa angelical como agradeciéndole la vida.

Bartolomé, al enterarse del nacimiento de segunda hija, inundado de coraje e impotencia, renegó del engendro femenino que le causaba vergüenza y deshonra a su persona y menospreció a madre e hija, ausentándose por semanas.

Durante muchos días, María meditaba el nombre de su pequeña.

— ¡Oh!, ¿cómo otorgarle a esta criatura, la gracia que la acompañará en este mundo de asesinos yugos varoniles? –Se preguntaba la madre, repetidamente, durante las afanosas mañanas y largas noches. Y, en silencio, se respondía:

— Deseo un nombre que, al pronunciarlo, se esparzan las bendiciones en nuestro hogar, en nuestra vida, en nuestros corazones, en nuestras almas... Pero, ¡oh, perdón, Señor! tú no nos

otorgaste...

Súbitamente, la madre, musitaba:

— Alma, te llamarás Alma. Con tu presencia, nuestra familia tendrá una... ¡Alma!

Un día, después de la trabajosa jornada en la parcela, María, acompañada de sus hijas fue a lavar ropa al cercano río. Ahí encontró a quien la unía entrañable amistad: Esperanza.

— ¿Qué te pasa, María? Te veo triste, ya no ríes, ni cantas... —Decía su vecina y amiga.

— En ocasiones, es mejor no conocer las respuestas a nuestras preguntas... —Expresó María, al momento que sus lágrimas fluían de sus grandes y oscuros ojos.

— No llores, cuéntame, ¡anda! dicen que las penas cuando se comparten son más livianas...—

Aducía su amiga, tratándola de consolar.

— Es que... ¡yo no tengo alma! —Confesó María, hipeando.

Esperanza, perpleja ante lo escuchado, preguntaba:

— Y... para ¿qué sirve el alma?

— No lo sé, pero no la tengo. Bartolomé sí tiene...

Esperanza, despreocupada, soltando franca risotada, una y otra vez, reía a carcajadas:

— ¡Ja, ja, ja! ¿Por tan poca cosa llora, mi amiga? Eso es muy sencillo. ¿Sabes dónde, Bartolomé, guarda su alma? Si tanto la quieres, quítasela. Cuando llegue ebrio, que son todas las noches, róbasela... Así, tendrás esa alma que tanto anhelas.

María sentada en la ribera, con imerecido dolor, confundía sus lágrimas con las del cauce del río.

— El alma no es una cosa, no es un objeto. El alma está dentro del cuerpo de los varones. Es lo que nos hace, a nosotras las mujeres, ser inferiores; y a ellos, superiores. No me importa ser diferente, lo que me duele, es la impotencia de no ser igual. Tú no me comprendes, las mujeres

no tenemos alma. Somos como los animales. Sólo los hombres la poseen.

— Y tú, ¿le creíste a Bartolomé? ¿No ves que lo único que ha querido es quitarte el poder? –
Cuestionaba, Esperanza, incrédula.

— ¿Qué poder? –Preguntaba, María, asombrada ante las palabras de su amiga.

— El poder de ser mujer –adujo Esperanza con voz clara y seguía diciendo:

— No llores, amiga, eso... ¡Es mentira! Mañana, vé a mi jacal, cortaré alguna romería: yerbas frescas de albahaca y romero bañaditas de rocío del alba. Te daré una sahumerada para alejar de tu cuerpo el miedo y la tristeza. No existe nada ni nadie que te arrebatte el poder de ser mujer, excepto el miedo y la tristeza. Eso, es lo que una mujer debe apartar de sus días. El miedo y la tristeza flaquean tus fuerzas; enmudecen tu espíritu; anulan tu decisión, trastocan tu ánimo, aniquilan tu libertad y no sólo el tuyo... sino el de todos sus hijos. Tu poder es ¡ser mujer!. Con o sin alma; con o sin gloria; con o sin amor; con o sin... ¡nada!, empodérate con la esencia de tu ser. Si lo logras, todos tus hijos, todos los hijos de todas las madres del mundo... todos los hijos de la humanidad... ¡Te bendecirán!

Tomando a María de sus manos, Esperanza, decía:

— Prométeme que nunca anidarás miedo ni tristeza alguna. Ante nada, ante nadie...

María, solemne lo prometió.

Al año siguiente, María volvió a ser madre de una tercera hija. El esmero por elegir el perfecto nombre –una vez más– fue el dilema durante días enteros.

— Te nombraré Gema porque aún sin alma, el valor de la mujer es incalculable como el de la más bella y codiciada joya preciosa.

El tiempo transcurría y nació una niña más.

— Gloria y Sabiduría. Esto es lo que mi vientre ha germinado, ¿existirá en la faz de la Tierra,

gozo mayor que extasie el pensamiento femenino que la dicha de poseer, por congénita naturaleza, la dicha de la innata intuición, de la sabiduría? Tú, mi niña, mi hermosa princesa del reino de la opresión, serás gloriosa y sabia. Te llamarás: Gloria Sofía. El mundo conocerá, en tu nombre, el genuino poder. Doce meses después, arribaron las gemelas: Estela de Luz y Clemencia. Le siguieron las trillizas Prudencia, Justa y Victoria. Año tras año, la familia crecía. Nacieron: Dulce, Consuelo y Remedios.

Una fría noche, en la taberna del pueblo, Bartolomé, acompañado por un par de amigos – Pánfilo y Elías– se embriagaban conversando sus cuitas. El vino, desinhibiendo la prudencia de estos últimos, preguntaronle a Batolomé qué clase de poder ejercía en su mujer María, quien su conducta –sin tacha ni enmienda– era dócil, bienmandada, reservada y jamás protestaba ante sus más mínimas órdenes y necios caprichos. En efecto, no existía mujer más fiel que María, ni más servicial, obediente, trabajadora y sumisa.

Alcoholizado, Bartolomé expresó a sus camaradas que siempre soñó con recuperar el Edén del que el primer varón, fue expulsado. Con burlona ironía, confesó a sus compinches las artimañas de las que se había valido para recuperar el paraíso perdido. Verborreando, descuidó el recato y cotilleaba confesando los pormenores que le había asegurado a su esposa: que él hablaba con Dios y que las mujeres carecían de alma. Los hombres rieron a carcajada limpia, anunciando con idéntico sarcasmo que llegarían a sus hogares con el mensaje divino.

— Díganles a sus esposas que ha sido en la alta montaña donde lo han escuchado –terminaba diciendo entre risotadas.

En la euforia de su canalla odisea, Bartolomé no se percató que –en la mesa adjunta– se encontraba don Anastacio, quien sin perder detalle, atento escuchaba la indiscreción de los descarados y abusadores hombres.

Apenas amanecía cuando, en la plazoleta de la comarca don Anastacio, hombre de pequeña estatura, regordete y calvo, convocó a todos los habitantes y frente a ellos, anunció que –en la alta montaña– Dios le había encomendado que fuera él, alcalde del pueblo; su compadre Tomás, recaudador de impuestos; y el hijo soltero de Don Chon, el sacerdote.

Los lugareños, desconcertados, se miraban unos a otros. Una voz femenina, perdida de entre la multitud, replicaba:

— ¿Porque no has nombrado a ninguna mujer? ¡Nos has ninguneado!

El hombre regordete, sin ningún menoscabo de herir los derechos humanos de las presentes, aseveraba:

— La mujer no tiene poder, no tiene voz, ni entendimiento. Es un ser inferior y mientras se le considere como tal, será subordinada del hombre. Jamás ocupará cargo eclesiástico, ni público. No votará ni será testigo de asuntos importantes que competan a los hombres. Tampoco podrá ser heredada por sus padres. No podrá integrarse a la vida política ni pertenecer a un gremio.

Un alboroto femenino se escuchaba cuando don Anastacio, terminó de vaticinar:

— Porque la mujer no tiene alma –y apuntando con su índice a Batolomé continuaba expresando:

— Aquí está Bartolomé que no me dejará mentir. A él, el Sumo Hacedor, se lo ha dicho. También están presentes los señores Pánfilo y Elías que desde anoche, revelaron a sus mujeres el testimonio escuchado en la alta montaña. –afirmaba el recién autonombrado alcalde, corroborando así, el mensaje celestial. Efectivamente, para someter a sus mujeres a su plena voluntad, el par de ebrios, desde la noche anterior, habían ya anunciado a sus esposas los sagrados designios.

El trío de amigos presentes, atónitos ante la súbita e inesperada presencia del novel

representante divino, no daban crédito a lo que pronunciaban sus labios. Unidos en complicidad del cruel dominio femenino, los varones guardaron silencio para no ser presa del ridículo público e íntimamente avergonzados, sin pronunciar palabra, inclinando las cabezas, encubrían al alcalde.

De pronto, la muchedumbre abrió paso a dos hombres. Cada uno de ellos sujetaban a una mujer de sus brazos. Era Esperanza, atada de sus manos era presentada ante el pueblo. Don Anastacio, aún frente a la muchedumbre, señalando a la víctima, hablaba enérgicamente:

— Esta mujer se ha burlado de los designios de Dios. Este ser inferior —por carecer de alma— se ha atrevido a blasfemar al cielo. Desconoce para qué es el alma; ignora que es ésta, la cuna que alberga las virtudes. Es una bruja que con yerbas frescas intenta desobedecer la palabra divina. Morirá por hereje, será quemada con leña verde para que nunca más mujer alguna —en su nulo entendimiento— vuelva a desobedecer la palabra del Sumo Hacedor... ¡y de los que tienen alma!

María lloró la ausencia de su entrañable amiga. Muerta Esperanza, su vida transcurría en su hogar criando a sus hijas y aunque era al padre a quien correspondía la instrucción y corrección de sus vástagos, Bartolomé nunca se ocupó ello, tampoco de ser el guía espiritual de sus hijas pues habiendo nacido mujeres, eran pobres de espíritu y carentes de virtudes; y él pensó, que perdería el tiempo en tales menesteres. Con los años venideros y constantes embarazos, la madre procreó más hijas: Esperanza —en recuerdo de aquella amiga suya— Caridad, Amparo, Fe, Alegría y Eva. Engendró un total de 18 seres inferiores, seres sin alma: mujeres. En la mísera vida de Batolomé, no existía mayor deseo que lo nombraran señoría y tener un hijo varón. Aunque poseía numerosa familia femenina; todas ellas juntas, no se asemejaban ni un ápice al valor de un hombre. Por ser noble de cuna, no debía realizar trabajo forzoso ni oficios denigrantes, razón por

la que Bartolomé dejaba la responsabilidad total de su familia a María.

Un día, Paz –la hija mayor– solicitó a su madre, licencia para estudiar. Con su voz queda, decía a su madre:

— Para que exista paz, debe reinar el entendimiento y éste último, posee su origen en la erudición. Madre, permítame rendirle honor a mi nombre. Quiero estudiar para que yo, la mayor de todas mis hermanas, pueda no errar al ayudarte a criarlas.

La madre, reunió a sus hijas y dulcemente, hablaba:

— En la vida, existen dos escuelas: la de los hombres y la de la naturaleza. A nuestra calidad de mujer le es negada la primera; de la segunda, se nutrirá nuestro ser. Aprenderemos de la madre naturaleza: de sus estaciones, de sus retoños. De cada uno de sus habitantes y de los valores que poseen: su audacia, nobleza y laboriosidad. De sus ciclos y tiempos; de sus semillas y frutos; labraremos en la tierra y en los corazones de nuestro prójimo, fértiles semillas; edificaremos con alegría, nuestro hogar; cuidaremos la naturaleza –en la misma medida– que velamos por la honra de nuestra familia.

Cuando se avecinaban los meses de crudo invierno, la madre cerraba su humilde hogar, acompañada por sus hijas, emprendía largo viaje de pastoreo buscando los verdes retoños que vestían los campos. Las hijas más pequeñas, subían a la vieja carreta; las menores y mayores pastoraban. El pausado pastar de las ovejas y cabras, permitía a madre e hijas conocer la magia de la naturaleza, única fuente de instrucción que tenían –por mandato masculino– a su alcance. Un día, Dulce, encontró a un perico herido en el camino.

— Madre, detén tu andar. Mira... un perico herido. ¡Socorrásmoslo! –solicitaba la niña.

La madre, asintió a la petición y todas se detuvieron.

El perico agonizaba. Les suplicó fueran al árbol de tul, donde se encontraban su cría recién

empollada, ya que unos cazadores habían matado a su hembra y quedarían sin amparo y a la suerte de los depredadores. Tan pronto y dijo esto el perico murió.

Las mujeres encontraron el nido y arrojaron a tres pericos; dos de ellos, machos y una hembra.

El pastoreo continuaba y los días, transcurrían. Ovejas y cabras se alimentaban, engordándose. Las mujeres ordeñaban las cabras y en los poblados, vendían leche, quesos, crema, cajeta y dulces de leche. Recolectaban flores y cortaban poditas de árboles; compraban frutas y vegetales que no existían en su comarca, secaban sus semillas. Adquirieron conocimientos como curtir pieles y criar gusanos para extraer la seda. Aprendían todo y cuanto veían en lejanas comarcas, pueblos y ciudades que encontraban a su paso. La vendimia era próspera, los dineros aumentaron cuando esquilieron a las ovejas y vendieron la lana.

Los pericos aprendieron a hablar ante la exposición de las conversaciones, cuchilleos y algarabía de las mujeres. Cuando miraban a un hombre acercarse a su hogar, en desordenado alboroto, volaban buscando a alguna de las mujeres y revoloteando sus alas, al unísono, decían:

— ¡Hombre a la vista! ¡Algún beneficio han de querer! ¡Hombre a la vista! ¡Prepárense para el ataque que darán! ¡Todas en sus posiciones! ¡Hombre a la vista!

Lo mismo decían cuando llegaba don Tomás, cobrando los impuestos o el alcalde, solicitando alguna colaboración.

Habían transcurrido pocos días del regreso de aquel largo viaje que duró medio año, cuando arribó al hogar Bartolomé exigiendo las ganancias del pastoreo. María se las entregó y el varón volvió a ausentarse por meses.

— Madre, ¿por qué nuestro padre nos quita lo que ganamos? —preguntaron sus hijas.

— Todo fruto del esfuerzo de la mujer, le pertenece al hombre. Nosotras somos indignas de

tener posesiones –respondía María, resignada.

— Pero, estamos en la ruina. Tenemos nada.

Las hijas mayores, solícitas, tratando de calmar la zozobra del incierto futuro de sus hermanas, exclamaron:

— Trabajaremos de campesinas y sirvientas. ¡Trabajaremos como hombres!

Con las esperanzas fallidas y nuevamente en la miseria, la madre pronunciaba, en un susurro:

— ¡Cuántas mujeres terminan sus fuerzas, vida y aliento trabajando como varones y aún así, les pagan menos, ¡por ser mujeres!

Gloria Sofía, bella damisela de cabello largo ondulado, piel aperlada y grandes ojos negros, con gran sonrisa en los labios, anunció:

— Aún tenemos vasta fortuna. Nuestro padre no se ha llevado todo nuestro dinero. Yo lo tengo bajo buen resguardo. Sabía que nuestro padre vendría –como cada año– a quitarnos el fruto de nuestro esfuerzo para bebérselo y gastarlo en largas juergas nocturnas.

— ¡Gloria a Dios! ¡Gloria...! Sofía...! ¡sabiduría! Bien honras tu nombre con tu sabio actuar –decían sus hermanas abrazándola y besándola de júbilo.

El alboroto del perico volvió a escucharse:

— ¡Hombre a la vista! ¡Algún beneficio han de querer! ¡Hombre a la vista! ¡Prepárense para el ataque que darán! ¡Todas en sus posiciones! Hombre a la vista!

Unos hombres llegaban al hogar de María, exigiendo la entrega de todos los animales en su poder, ya que Bartolomé los había apostado y perdido en un juego de azar.

— Madre, ¿para qué trabajar tanto si estamos a la merced de todos los vicios y mala conducta de nuestro padre? ¿Hasta cuándo madre? ¿Hasta cuándo? –cuestionaban las hijas.

— Hasta que Dios quiera... –Se concretó a decir la madre.

Los meses transcurrían y los pericos, volaban diciendo:

— ¡Hombre a la vista! ¡Algún beneficio han de querer! ¡Hombre a la vista! ¡Prepárense para el ataque que darán! ¡Todas en sus posiciones! Hombre a la vista!

Era Bartolomé, viéndose sin dinero regresaba a su hogar en búsqueda de más caudal que sustentaran su vida de burgués en la gran ciudad. Al mirar a Prudencia, montando una yegua, le dijo que deseaba montarla:

— Es demasiado bronca. Padre, quizá pueda lastimarlo.

— A mí, ninguna hembra me ha lastimado. Si es hembra, a la fuerza, ¡la someteré y me obedecerá!

Uno de los pericos que se encontraba cerca de él, habló alto, advirtiendo al padre de familia:

— ¡Yo que tú, ni lo intentaba!

— ¡Yo que tú me callaba! ¡A ese pajarraco, lo quiero de cena! —Respondió Bartolomé, montando al animal de carga.

El perico voló cerca de la yegua, diciendo:

— ¡Enseña lo que una hembra puede hacer!

La yegua, dio los primeros pasos con elegante andar. De pronto, relinchó y desbocadamente corrió con el hombre en ancas. El animal lo tiró a una barranca poco profunda. Hasta ahí, fueron sus hijas en su búsqueda. Bartolomé, herido de gravedad fue trasladado hasta una recámara. De aquella caída, jamás se recuperó. Su cuerpo, lacio no respondía ponerse de pie. Sus últimas palabras fueron.

— Perdóname, María, —le dijo Bartolomé— Dios, nunca habló conmigo. Es mentira que tú no posees alma. Perdóname...

Aunque no murió, jamás pudo pronunciar otra palabra.

Era tan numerosa la familia y la necesidad de comer, aún más. La madre seguía labrando la tierra y cosechando sus frutos. Poco a poco, a medida que sus hijas crecían, ayudaban en la labranza y después, en la vendimia de la cosecha en los mercados y ferias de los cercanos poblados. Era menester un hogar más amplio, entonces, María enseñó a sus hijas a elaborar ladrillos y edificaron su hogar: decenas de alcobas, espaciosas cocinas y comedores; amplios pasillos y hermosos jardines adornaban la casona. Durante las tardes, María reunía a sus hijas en la sala de su hogar. Algunas estaban sentadas en el suelo sobre hermosas alfombras, otras sentadas, bordaban; otras, de pie, pintaban sobre lienzos; unas más, esculpían en arcilla; otras más, cantaban al son de las notas de los instrumentos tocados por otras damiselas: piano, violín, mandolina. En la cocina, otras horneaban exquisitas galletas y algunas elaboraban dulces de nueces y cajeta.

Un día, sin previo aviso, el párroco del pueblo llegó hasta el hogar de María y tocó la puerta.

— Quisiera hablar contigo... a solas –dijo el párroco mirando a más de una decena de señoritas sentadas, correctamente, en la amplia sala.

— No me pida que mis hijas pierdan detalle de sus sabias palabras. Somos todas mujeres y si solamente lo escucho yo, no entenderé lo que a virtud usted desea comunicarme. En cambio, si todas escuchamos quizá podremos decifrar su mensaje. Además, ¿cómo prescindir de la presencia de Prudencia, de Justa, de Remedios, de Caridad, de Fe..?

— Es suficiente, madre, el cura ya lo entendió –expresó Paz.

El párroco preguntó por qué ni ella ni ninguna de sus hijas visitaban la casa de Dios.

— Somos tan insignificantes que Dios no quiere hablar con mujeres.

— No habla con ellas pero, sí las escucha –afirmó el hombre de obscura sotana.

— Nosotras somos buenas católicas. Rezamos aún sabiendo que somos seres inferiores, aún

sabiendo que carecemos de virtudes; de alma. Oramos rogando sabiduría para entender lo que los varones entienden con facilidad; suplicamos para arrojarnos de valentía y osadía como los varones; clamamos el arrojo del varón y Dios, nos ha escuchado. Nos ha hecho fuertes y sabias, guerreras e infatigables.

El sacerdote deseó saber cómo hizo su fortuna, a lo que María respondió:

— Todas las madres somos bendecidas por Dios y Él escucha nuestras súplicas.

— Te invito a la casa de Dios, para que escuches los sermones; alabes a Dios con sus cantos... confieses tus pecados; pagues tu penitencia y te sean absueltos.

— Padre, nuestro pecado es inmenso y pecamos todos los días, momento a momento. Nuestro pecado es anidar tanta ignorancia. ¿Para qué visitar la casa de Dios si no entendemos su palabra, si no podemos leer la Biblia? Nuestro pecado aumentaría ante los ojos del Sumo Hacedor y de los hombres al fingir que entendemos, sin hacerlo. Permítanos vivir en la cruel ignorancia y no en la vil mentira.

El sacerdote, aprovechando la ocasión y sabiendo la fortuna que –gracias a su organización y arduo trabajo– acumulaban, el hombre de sotana sugirió a la madre que sus hijas mayores ingresaran al convento.

— Paz, ¿en el convento? –Interrogó María.

— En los conventos existe mucho recogimiento espiritual, quietud. Las monjas son virtuosas y rezan a Dios nuestro Señor por el bien del prójimo –objetó con voz pausada, el párroco.

Paz, Alma y Gema, temerosas de su suerte, inquietas, suplicaban:

— Madre, por favor, no lo permita...

— No teman, hijas mías. Nunca teman ante la voz de un varón aún cuando se autonombre representante de Dios –expresó la madre y fijando su mirada en el hombre de sotana, aducía:

— Padre, el convento no necesita de Paz. Es el mundo, las familias quienes necesitan Paz. Sin ella, Padre; somos, nada. —decía amorosa la madre y continuaba diciendo— Alma, ¿recluida en las paredes de un convento? Gema, ¿en el claustro? No poseo fortuna para que mis hijas ingresen ahí.

— Ahora tienes vastas tierras, cabezas de animales, cosechas...

— Pero, nosotras seguimos sin alma —musitó la madre frente a sus hijas y sin miedo de expresarse prosiguió diciendo al recién llegado.

— Las leyes las han escrito los hombres; la palabra de Dios es pronunciada e interpretada por varones. Aún más, cuando una mujer necesita confesar sus pecados, es un varón quien dicta la penitencia; en el mercado, son los varones los que establecen los precios; también son ellos los que emplean a la mujer como sirvienta, trabaja más que un varón y le pagan menos. En su hogar y ante su hombre, la mujer es un animal inferior y como tal: escucha, obedece, calla y trabaja. ¿Por qué, padre?, ¿por qué?, ¿por qué tanta ingratitud?, ¿por qué tanta desigualdad? ¿Cuándo padre, en qué momento el varón se convierte de hijo en verdugo de su propia madre, de su hermana? ¿Por qué los hijos permiten que sus esposas, sus hijas y toda su fémina familia sea maltratada y abusada, ultrajada y violada, discriminada y ninguneada?

El clérigo, antes de retirarse, manifestó:

— Todos somos iguales, ante los ojos de Dios.

María, sabiendo la verdad que le había confesado Bartolomé, musitó:

— Los hombres, ¿lo sabrán? porque la mujer no es igual ante los ojos del hombre ni ante sus leyes.

Un día, la madre reunió a todas sus hijas y vaticinó:

— Un día, la mujer gozará de plena libertad. Yo no lo veré... ni ustedes, ni sus hijas, ni sus

nietas, tendrán que pasar más de mil años, pasarán dos mil. El varón construirá el mundo a su voluntad; en él reinarán todos sus vicios. De su intolerancia nacerá la violencia contra la mujer; de su egolatría, la ingrata discriminación; de su religiosidad, su falta de inclusión; de su egoísmo, la mutilación de órganos femeninos. La corrupción, la violencia, la inseguridad, la injusticia y desigualdad envolverán al mundo, entonces, el hombre compartirá el poder con la mujer porque el mundo que creará, será un infierno de miseria y terror. La mujer renacerá y reconciliándose con la esencia de su innato poder, se desprezará del largo sueño hipnotizador sacudiéndose el miedo, la marginación y el abuso, recuperará su verdadera identidad. Enseñará a sus hijos el respeto a la mujer y que ante los ojos de Dios, todos somos iguales.

Dicen que la Rosa de los Vientos guía a una mujer en toda direcciones visitando hasta el lugar más recóndito de la Tierra. Es una anciana de humilde vestir: descalza, de largo cabello cano; los surcos de su rostro denotan cansancio y ancianidad. Dicen que posee el don de camuflar el color de su piel: algunos aseguran que es blanca; otros, amarilla y unos más, negra. Sin cansancio, visita valles y praderas; selvas y desiertos. La han visto en los puertos y montañas. Tan pronto que arriba a un lugar, la mujer deambula en las fábricas y oficinas; en los mercados y negocios; en los palacios e iglesias; en las parcelas, en los hogares; en las escuelas y cárceles. Cuando encuentra a un hombre que ha nacido del vientre de una mujer, su rostro se transforma en el de la mujer más amada para él: madre, esposa, novia, hija. Dicen que los hombre enmudecen cuando ven su cuerpo violado, ultrajado y mutilado. Algunos despavoridos, corren huyendo. Otros enmudecen ante lastimosa aparición. Dicen que hay quiénes –sintiéndose

culpables– han enloquecido.

— ¡Dame igualdad...! –Les suplica la mujer.

Y cuando la anciana encuentra a una mujer, con dulce sonrisa y firme voz, le dice:

— Oye mujer, oye mujer... oye, mujer, ya pasaron dos mil años... ¡Empodérate!

REFERENCES

- Anderson Imbet, Enrique. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona: Ariel, 1996. Print.
- Andrés-Suárez, Irene. *La novela y el cuento. Frente a Frente*. Lausanne: Col. Hispánica Helvética, 1995. Print.
- Baquero Escudero, Ana L. *El cuento en la historia literaria: la difícil autonomía de un género*. Vigo: Academia del Hispanismo, 2011. Print.
- Baquero Goyanes, Mariano. *Qué es el cuento*. Buenos Aires: Columba, 1967. Print.
- Borges, Jorge Luis. *Borges Oral*. Madrid: Belgrano, 1979. Print.
- Cardona de Gilbert, Ángeles. *Voltaire, Cuentos Escogidos*. Madrid: Bruguera, 1981. Print.
- Corominas, Juan. *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Gredos, 1976. Print.
- Giardinelli, Mempo. "El cuento como género literario en América Latina". *Ciudad Seva*. 2003. Web. 12 January 2016.
- González Peña, Carlos. *El Jardín de las Letras*. México: Patria, 1966. Print.
- Montes de Oca, Francisco. *Teoría y Técnica de la Literatura*. México: Porrúa, 1994. Print.
- Rodríguez Gutiérrez, Borja. *Historia del cuento Español (1764-1850)*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2004. Print.
- Omil, Alba y Raúl A. Piérola. *El Cuento y sus claves*. Buenos Aires: Nova. Print.
- Zavala Lauro, *Teorías del Cuento I. Teorías de los cuentistas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2008. Print.

BIOGRAPHICAL SKETCH

Mayra Mancera nació en Reynosa, Tamaulipas, México. Ingresó a la Universidad of Texas-Pan American, en Edinburg, Texas; obtiene la licenciatura de Artes en Español con la especialidad en Español Médico; se gradúa en mayo de 2014, con honores de Magna Cum Laude. En ese mismo año, ingresa a la Universidad de Texas del Valle del Río Grande y cursa la maestría en Artes con especialidad en Español en Literatura y Lingüística, con certificación en Estudios Mexico-americanos y concentración en Escritura Creativa, graduándose en mayo de 2016. Vive en la calle 124 Esperanza Avenida en McAllen, Texas.